

EL MUNDO ILUSTRADO

PERIÓDICO SEMANAL



SUSCRICION PARA ESPAÑA.

MADRID. ... Un año, 120 rs.—Tres meses, 82 rs.—Un mes, 12 rs.
PROVINCIAS. ... 130 rs. ... 36 rs. ... 14 rs.

Un número suelto, 3 reales.

Se suscribe en Madrid, calle de Santa Teresa, 8,
 y en casa de los corresponsales del Establecimiento tipográfico de
 D. Francisco de P. Mellado.

1^{er} Año. N^o 48. — Mayo 7 de 1860.

Todas las comunicaciones relativas á los dibujos y á la
 redaccion se remitirán al Director del MONDE ILLUSTRÉ,
 calle de Bréda, 15, y las reclamaciones de los suscritores de
 España y América, á los Sres. A. Laplace y C^a, calle de
 St. André des Arts, 47.

SUSCRICION PARA AMÉRICA.

ATLANTICO. Un año, 50 fr. (10 ps.).—Seis meses, 27 fr. 50 c. (5 p. 50).
PACIFICO. ... 55 ... (11 ps.). ... 30 fr. (6 p. ...)

Se suscribe en Paris, calle St. André des Arts, 47.
 PARA LA EUROPA, Á ESCEPCION DE LA ESPAÑA.

Un año, 32 fr.—Un número suelto 1 fr.
 Se suscribe calle de Bréda, 15, y en el boulevard de los Italianos 15.

SUMARIO.

TEXTO.—Crónica de Paris, por JULIO LECOMTE.—Diógenes en
 su tonel, por L. DE B.—Fiestas del Estatuto.—Las ruinas del
 cuartel latino, por ARNAULT.—Crónica de Madrid, por D. JOSÉ
 MUÑOZ y GAVIRIA.—El bosque de Boloña, por EM. BOURDELAIN.

—Ulrico (continuacion y fin), por ED. GOURDON.—Preludios de
 primavera, por J. DOUCET.—Crónica de Tribunales, por PETIT-
 JEAN.—La hosteria del Escudo de Francia, por F. DE LA V.—Cor-
 reo de ultra-Mancha, por WILLIE PICKWICK.—Acontecimientos
 de la semana, por JULIO NORIAC.

GRABADOS.—Diógenes en su tonel.—La fiesta del Estatuto en
 Turin.—Las ruinas del cuartel latino.—El bosque de Boloña.
 —Revista de la semana.—La hosteria del Escudo de Francia,
 en Dijon



Diógenes en su tonel, cuadro de Gerôme, perteneciente á la galeria de los señores Goupil.

CRONICA DE PARIS.

~~~~~ El Mundo ilustrado publicó últimamente una hermosa lámina que representaba un magnífico cuadro del Ticiano, conocido con el nombre de: « Los peregrinos de Emaus. » Según las notas aclaratorias del nuevo catálogo del Louvre, este cuadro se hizo para la iglesia de Pregatti en Venecia, pasó de allí á la colección del duque de Mantua, de esta á la de Carlos V, luego al gabinete Jabach y por último fué vendido á Luis XIV por aquel célebre aficionado. La lámina, grabada por Masson, es conocida con el título de *Mantel de Masson*, á causa de la perfección con que está ejecutado este accesorio. Nuestro grabado, que ha merecido unánime aprobación presenta muy bien el efecto general (nº 10).

A propósito, uno de nuestros abonados nos ha remitido una carta que creemos oportuno poner en conocimiento de nuestros lectores. Nuestro corresponsal empieza (usando de su derecho legítimo ó arbitrario) emitiendo una duda que le ocurre sobre la entera autenticidad del cuadro del Louvre y luego añade, — y este es el punto curioso mencionado:

« Con frecuencia me he detenido á examinar ese lienzo y aunque no le encuentro enteramente digno del gran pintor veneciano, he bajado la cabeza ante la sentencia de la autoridad que se le atribuye; pero en estos últimos años he descubierto en una capilla oscura del obispado, colgado en un ángulo salitroso, un lienzo de los *discipulos de Emaus*, absolutamente del mismo tamaño, orden y detalles de la composición, aunque no en la pureza de los lineamientos, ni en la magnificencia del colorido. Este lienzo ha sufrido mucho, está descascarado, el Carlos V rajado y se bornea. El mantel se halla cubierto de manchas; las cabezas de Jesucristo, del cardenal y del niño, que un día debía ser Felipe II, son las únicas que han conservado su esplendor: esta es, en mi juicio, la inmensa diferencia que existe entre este cuadro y el del Louvre.

» Es tal vez un original? no soy bastante conocedor para asegurarlo: sin embargo, Luçon tuvo obispos asaz grandes señores para poder poseer un Ticiano; pero lo que hay de cierto es que el lienzo del obispado de Luçon me parece mas hermoso que el del Louvre.

« Como quiera, sería bueno que hombres expertos examinasen el citado cuadro: si no lo creen del Ticiano, le juzgarán por lo menos digno de una restauración completa, porque es lástima verse caer á pedazos tan hermosa pintura.

~~~~~ Se nos ha dirigido la siguiente carta:

Muy señor mío:

« Hace quince días se vendió en las salas de la almoneda de la calle Druot un objeto curioso é interesante á la vez, la máscara de Juan Jacobo Rousseau, vaciada en yeso sobre las facciones del ilustre filósofo, algunos instantes después de su muerte, obra de su amigo Houdon, el mismo de quien disteis interesantes pormenores relativos á la estatua de Voltaire, una de las mas preciosas producciones del arte moderno que posee el Teatro-Francés en su peristilo.

» Esta máscara, cuya perfecta autenticidad parece estar probada, anunciada en 3.000 francos, no encontró postor, bajó luego á 2.000, á 1.500, á 1.000... en seguida á 500 y por último á 200! — Hubo un momento en que creí poderla adquirir al precio de un papagayo de yeso, de los que llevan en su tabla los italianos ambulantes!

» Presentado al tipo de 200 francos, este monumento, (en el cual los vendedores hacían notar pegadas al yeso algunas pestañas del autor de las *Confesiones* y de la *Nueva Eloisa*) este monumento, repito, digno de un museo, subió lentamente hasta 600 francos, en los que fué abandonado por los tres ó cuatro postores que no se hacían mucha competencia! En la sala contigua se vendió á la misma hora en 1.248 francos una calderita de cobre con grabados, en la cual un musulmán desconocido debió haber hecho sus abluciones, — y

otros postores se disputaban con tesón una especie de tabaquera de porcelana de Sajonia, representando por su parte exterior pájaros y dentro... un asunto poco digno de verse á la luz del día. El objeto llegó al precio de 1.662 francos, es decir, mil francos mas que la estampa de las facciones de Juan Jacobo, al acabar de espirar, sacada por la mano mas hábil de su tiempo.

» Es triste y se pregunta uno en qué pensaban los compatriotas del ilustre escritor, gloria de su ciudad natal, y por qué esta máscara no ha sido colocada á precio de oro, en algun monumento público de Ginebra.

» Es triste en verdad! y como el Bolimbroke de la historia de Inglaterra « sin nombrar á nadie acuso á todos » de esta indiferencia, de este desden, de esta impiedad. — Dícenme que hace años un gran artista pagó en doble cantidad que la mencionada la simple máscara del pintor David; que mandó sacar varias pruebas y las esparció generosamente por todos los talleres en señal de homenaje al que regeneró la pintura francesa de su decadencia de estilo, de sus vicios de afectación, del amaneramiento pastoral ó bucólico en que la tenían esclava los pintorzuelos de la época. — En cierta ocasión tambien se dió gracias oficialmente al ilustre arquitecto que, al abrirse las tumbas de San Dionisio, tuvo la ocurrencia de sacar el molde del rostro de Enrique IV, aunque desfigurado, molde que como el de Rousseau tiene algunas pestañas y además algunos pelos de la barba. — No hace mucho lei en un periódico vespertino que, un magistrado de Paris posee cierto objeto mas extraño que una simple máscara... es la cabeza del cardenal Richelieu, disecada, y por decirlo así, momificada, y que durante la revolución fué sustraída de su sepulcro de la Sorbona... ¿No es cosa extraña saber que el cuerpo del terrible ministro reposa hoy *decapitado* en la tumba de Girardon? Pero que la máscara auténtica de Rousseau, que la huella de su último suspiro, digámoslo así, haya sido vendida á menos precio que una obscena pintura en porcelana, es en verdad muy triste, — no puedo prescindir de emplear esta palabra, — y no es por cierto á la gloria de Juan Jacobo á quien debemos acusar!

Vuestro afectísimo servidor, etc.

~~~~~ Háblase de un matrimonio tan ridículo, que aun á riesgo de desagradar á determinadas personas, vamos á esponer á la befa pública ciertos preliminares que es de esperar se estrellen contra el torrente de la opinion general. El conde de... ochenta años, quiere llevar á las aras de himeneo á una dama de treinta y dos abríles, viuda de un antiguo oficial de marina.

Habitan los tortolitos la misma casa en las cercanías del palacio legislativo y se flecharon de balcon á balcon, en donde uno pone al sol sus reumatismos y la otra sus efímeras flores. El viejo, viudo el mismo día del natalicio de su compañera en ciernes, tiene dos hijos, mucho mayores en edad que su futura madrastra, madre tambien por su parte. Este matrimonio *quasi in-extremis*, amaga la mitad de una fortuna en todos conceptos necesaria á los dos hijos cuya desesperación no conoce límites. El ochenton está loco de amor y se entrega desde dos meses acá, á las mas inauditas y lamentables estravagancias. Compone anacreónticas dedicadas á esta Rosina ultra-madura y la cuelga cada día un matutino y alegórico ramillete, admiración y contento de los vecinos curiosos, y punto de mira de las maliciosas criadas que se reúnen para contemplarle frente por frente en la tienda de frutas. El amartejado Matusalen ha puesto á los pies de su ídolo todas las alhajas, toda la plata de casa y trata de emprender un viaje de boda á las orillas del Rhin — ya que no á las márgenes de la laguna Estigia!

Los que conocen á la mencionada viuda dicen que no se le oculta del todo lo ridículo de esta situación; pero que vivaqueando hasta la fecha con una mísera renta del Estado, no la desagradaría aumentarla, ni tampoco apellidarse condesa. Los hijos la proponen que vaya al Rhin sola ó con quien ella guste, toda vez que sea sin demora, mediante una suma de cincuenta mil francos que un banquero está pronto á facilitar sobre la herencia del viejo.

Mas la viuda responde que si consiente, el celador se morirá de pesadumbre y que el banquero se reintegraría entonces por su culpa demasiado pronto del desembolso metálico. En suma, se espera que el negocio se arreglará... ó mejor dicho se desarreglará. Uno proponía que se enviase al anciano y á la que apenas puede llamarse joven á ese mismo Rhin de recreo, sin intervencion civil ni religiosa, conciliando de este modo la locura del uno y los intereses de la otra, á la cual se cedería la prometida suma como galardón de su renuncia. Pero un pariente de la viuda se opone á este recurso por indecoroso. En este estado se encuentra la aventura: si la continuación ofrece interés no se lo ocultaremos á nuestros lectores.

Por lo demás, estos caprichos con ribetes de póstumos de testarudos vejestorios, tienen sus tradiciones en todas las épocas y el número de casos no es corto. Uno de los mas notables es el del mariscal Caumont-Laforce que á la edad de ochenta y nueve años se casó con la viuda de un gentilhomme holandés, llamado Langherac, francesa de nacimiento y perteneciente á una familia noble. Murió esta un año después y fué tal el desconuelo del mariscal nonagenario, que se retiró á una de sus tierras declarando en una carta que se conserva en una colección parisiense de autógrafos « que iba á hacer *penitencia*, á estilo de Amadis. » — Tallemant des Reaux cuenta que á la edad de noventa y dos años, el mariscal de Caumont-Laforce, consolado, por lo visto, intentó volver á encender la antorcha de himeneo..., por cuarta vez en su vida. Pero para cortar esta locura, un sobrino suyo, joven de ingenio travieso, espació la voz de que un oráculo infalible había predicho que el mariscal tendría aun otras *dos* mujeres... de modo que ninguna quiso ser la *primera*! De este modo el impetuoso anciano se vió repelido por todas partes y murió viudo á los noventa y cinco años.

~~~~~ Mme de Mar... es viuda, rica, joven y condesa. Posee una linda quinta muy cerca de Rulleboise, sobre el Sena, camino de Rouen. Es un antiguo edificio que data de la época en que Sully edificaba á Rosny; pero los nuevos departamentos que se le han agregado le proporcionan la comodidad moderna sin quitarle en nada lo pintoresco de su origen. El dormitorio de Mme de Mar... forma parte de la antigua construcción. Como la joven, hermosa y opulenta castellana pasa los veranos en las orillas del Rhin, quiso en el último estío que, durante su ausencia, ejecutasen en su ordinaria morada algunas obras de adorno. Entre otras varias, un arquitecto se encargó de hacer pintar la bóveda del grandioso dormitorio de la condesa, desde el cual se estiende la vista hasta la Rocheguyon, tierras que fueron de la familia de Rochefoucauld y que hoy pertenecen á la de Rohan. El arquitecto, que no había recibido para la ejecución de esta pintura sino mil y doscientos francos, buscó en Paris un discípulo, un pinta-monas de segundo ó tercer orden, quien se comprometió á concluir aquel trabajo en un breve plazo. En efecto, para el 15 de setiembre la pintura de la bóveda estaba concluida.

Retorna de su viaje Mme de Mar... y se instala en Rulleboise con su madre y su joven hermana, con el objeto de pasar allí el otoño. Todas las mañanas, al despertarse la hermosa condesa, y merced á la deliciosa impresión que produce la vuelta á la vida tras un sueño prolongado, contemplaba con una especie de encantador arrobamiento la riente pintura del techo de su alcoba. Era tan diáfana, tan ligera, tan aérea, que hubiérasela tomado, mas bien que por la obra de un artista, por un pequeño espacio de cielo abierto á los ojos de los mortales en las fabulosas épocas del Olimpo. Venus estaba allí presentada en la corte celeste, bella como la verdad, y sin otro velo que las transparentes nubes del impalpable

polvo de oro y azul que flota en el aire de las esferas mitológicas. Esta fresca, luminosa y agradable pintura la encantaba, y daba motivo á la feliz moradora de aquel delicioso retrete para retardar todos los días el momento de levantarse.

Una idea muy sencilla, que hasta entonces no le habia ocurrido, la obligó una mañana á tomar sus gemelos de teatro para examinar minuciosamente los mas pequeños detalles de aquel grupo de olímpicas figuras. ¿Como — se dijo — han podido hacerme una obra tan bien acabada por tan poco dinero?...

Y ¡cuál no seria su sorpresa, y casi su espanto, cuando, al fijar la escrutadora mirada en las imágenes del techo, descubrió á través de la especie de poético vapor esparcido sobre el conjunto, que la figura de Vénus tenia... — porque no era posible dudar! — sus mismos cabellos rubios, sus mismos ojos azules y espresivos, su misma boca pequeña y purpurina, y hasta la línea recta y elegante, si bien menos severa que la del tipo griego, que daba á su encantadora nariz una incomparable distinción! Aquellos eran todos los contornos de su rostro, sus propias facciones... ella misma en fin! Imposible seria describir lo atónita que la dejó en un principio semejante descubrimiento; pero, repuesta bien pronto, M^{me} de Mar... se sintió satisfecha en extremo de tan encantador trasunto, y después... casi ofendida, cuando, para continuar el comenzado exámen, resbaló poco á poco los gemelos desde el rostro hasta los pies de la desnuda figura.

— ¡Vaya un impertinente! — exclamó.

Disponemos de muy corto espacio para contarle todo: con el todo habria materia de sobra para una linda comedia de costumbres. Y, por otra parte, ¿no es verdad que estais impacientes porque os demos la solución de este gracioso enigma? Pues bien, supuesto que á todos nos acomoda la prontitud, hé aquí la clave del misterio: M. R..., el célebre pintor, habia encontrado frecuentemente en sociedad á M^{me} de Mar..., durante el invierno anterior á estos acontecimientos. Admirado, como todos, de la hermosura de la jóven y noble condesa, R... concluyó por amarla mas que ninguno de cuantos adoradores la rodeaban; pero con ese amor de artista que tiene su orgullo, y por consecuencia su discreción. R... es uno de esos hombres cuyo carácter no les permite dar el primer paso. Desean ardientemente... confían tal vez conseguir el objeto que se proponen... pero se están quedos! Y cuando no llegan á la meta que ambicionan... sufren y callan!

Dicho se está, con semejante precedente, que amaba en secreto á la hermosa viuda, cuya fortuna y título añadian una razon mas á su característica reserva, á su quietismo orgánico, si se nos permite la frase. Así las cosas, un imprevisto incidente vino á colocarlas en el terreno que verán nuestros lectores, si es que ya no lo han adivinado.

Hallábase R... en Meulan, en casa de un amigo, cuando llegó el pintorzuelo encargado de la referida obra. Encontróle por casualidad, y supo de sus labios el objeto que le conducía á la mansion de su ídolo. Entonces el artista le acompañó, penetró con él en el dormitorio que nuestros lectores conocen, y...

— ¿Quieres — le dice — los 1,200 francos por irte á pasar un par de meses á otra parte, mientras yo desempeño tu trabajo?

La propuesta fué aceptada: el pintorzuelo tomó la mosca y desapareció. Instálase R... en su lugar, y en seis semanas ejecuta la delicada y bella pintura en cuestion, que vale 20,000 francos! Después se alejó del castillo, en el que, durante la obra, habia permanecido oculto bajo el mas profundo incógnito. Pero fué para tornar allí abiertamente dos meses después! Porque M^{me} de Mar...,

después de haberse roto la cabeza por descifrar el geroglífico trazado en la bóveda de su dormitorio, entabló una verdadera pesquisa *inquisitorial*, que al fin la puso en camino de conocer el alma del misterio, la amorosa astucia, la galante superchería. Un amigo le llevó á R... para que pudiera darle las gracias en el mismo sitio donde luciera su genio. Y bien mirado, la castellana tenia necesidad de la presencia del artista. Quería decirle que no abusase de sus temerarios pinceles, y que velase el cuerpo de la Vénus siquiera con una vaga nube, ó que le cambiase aquella cabeza... que tanto adoraba!

Siento decir á mis lectores que esta pasión, tan original y poéticamente comenzada, concluye del modo mas prosaico del mundo... Sí, por Dios!... el artista y la noble dama... están próximos á casarse! — las amonestaciones se han publicado en el segundo distrito, donde los curiosos pueden completar, si gustan, los nombres de los protagonistas de esta anécdota. Añadirémos para concluir, que á la fecha en que trazamos estas líneas, el pintor no ha retocado todavía su bóveda, só pretexto de que los días no son los mas favorables en la estación presente.

Una persona, que nos merece entero crédito, nos ha referido el hecho siguiente:

Siete ú ocho personajes de los mas opulentos de París han recibido en el mismo día una especie de carta circular, concebida, sobre poco mas ó menos, en estos términos:

« Caballero: Tengo veinte años y soy extranjera; á la edad de doce fui colocada por mis parientes en una pensión particular (indicándose aquí la calle y el número); hacia ya tres años que nada sabia de mi familia, cuando las averiguaciones que he podido hacer han venido á demostrarme que á causa de los sucesos ocurridos en... me encuentro de hoy mas sola en el mundo. Mi educación está del todo concluida, la directora del colegio no sabe qué hacer de mí y yo me encuentro en el mismo apuro que ella! Debo tres años de enseñanza, de manutención y de cuidados, total, próximamente cinco mil francos. La caución que se tenia para el pago de mis gastos se hace mas y mas insuficiente, puesto que la deuda se aumenta cada día. Tal es la confusión general. Si nadie viene en mi socorro, no sé en qué parará todo esto! Me atrevo á implorar etc. »

En el momento en que escribimos estas líneas no sabemos todavía que haya dado solución á esta crisis ninguna de las seis ó siete personas que han recibido la extraña comunicación que precede. Se nos asegura que, según las noticias adquiridas por una de ellas, opulento banquero, resulta que la jóven es en extremo linda..., cuya circunstancia impide á aquel intervenir en este asunto. No podia encontrar la pobre abandonada un obstáculo mas raro y singular.

Se dice que la familia de ésta era de una de las provincias asiáticas de Oriente, y que ha debido perecer en las últimas guerras rusas. El apoderado de la jóven pensionista en París es un modesto negociante, que teniendo cinco hijos no puede encargarse de una señorita educada para mas altas esferas que la en que él vive. No sabemos á esta fecha que, fuera del discreto banquero de quien hemos hablado, nadie mas haya acudido en socorro de la jóven asiática. Buena falta haría un inglés célibe y generoso, pues que, según dicen, no faltó quien ofreciese su mano llena de oro á M^{me} Lafarge, á M^{me} Bocarmé, y mas recientemente á diversas heroínas de aventuras y escándalos judiciales... ¿Y una linda jóven que tal vez tiene en sus venas la rica sangre georgiana, educada á la francesa y en extremo interesante, por lo que se deduce de los detalles revelados, no encontrará una mano generosa que honradamente

le abra las puertas de la sociedad? Esperamos que una situación tan intrincada tendrá un desenlace lisonjero. Creemos poderlo conocer un día y de antemano prometemos participárselo á nuestras lectoras... cuyas simpatías escita sin duda en su favor la bella Asiática.

— ¿Han ido ustedes á visitar la exposición de objetos chinoscos del diplomático M. Montigny?

— No! ¿adónde está?

— En la calle del Centro, cuartel Beaujon, antiguo taller de escultura de...

— Ah! pues hemos de ir allá. ¿Es muy curiosa?

— Muchísimo! y además, llena de interés y de entretenimiento para el que desee pasar un par de horas lejos del curso ordinario de los acontecimientos, de las cosas parisienses.

— ¿Y está de venta?

— Dicen que sí... pero en conjunto.

— ¿Y cuánto vale?

— Según noticias, sobre unos novecientos mil francos.

— Pero cuando no hay mas que un Estado... que un museo... que pueda...

— Sin duda, y el negocio seria excelente, porque la ocasión es única. Esta colección es mucho mas interesante que el famoso museo chinosco y japonés de La Haya...

— Y hay tambien en esa colección, como en la de La Haya, aquella célebre mujer de goma, que puede llevarse en el bolsillo doblada como un pañuelo, y que se infla y se redondea á voluntad hasta la mayor consistencia soplándole por un conducto que tiene en el oído?

— Esa es una chanzoneta, y acaso algo mas, de los señores Chinos! La colección Montigny es, por el contrario, una verdadera reunión de objetos de museo, y no de gabinete reservado. Lo que le da un inestimable valor es, que todo cuanto en ella se encierra no pertenece á la época actual, no son obras de arte de la industria contemporánea, nada de lo que pudiese comprarse en pleno París un Chino portador de un millon, en la calle de la Paz, en los boulevards, ó en los almacenes de productos modernos... No! es una colección escogida de objetos que en China, en el Japon mismo, calificarían hoy de antiguas *curiosidades*... es decir, que para nosotros es la curiosidad elevada á la quinta potencia, ya como objetos chinoscos, ya como rarezas y antiguallas. ¿Comprenden ustedes?

— Perfectamente! ¿es decir, que aun en China mismo serian cosas difíciles de procurarse?

— Eso es! imagínense ustedes la colección de un Dusommerard, de un Sauvageot chino!

— Diablos! es cosa de ir á ver inmediatamente. A propósito, ¿cuánto se paga de entrada?

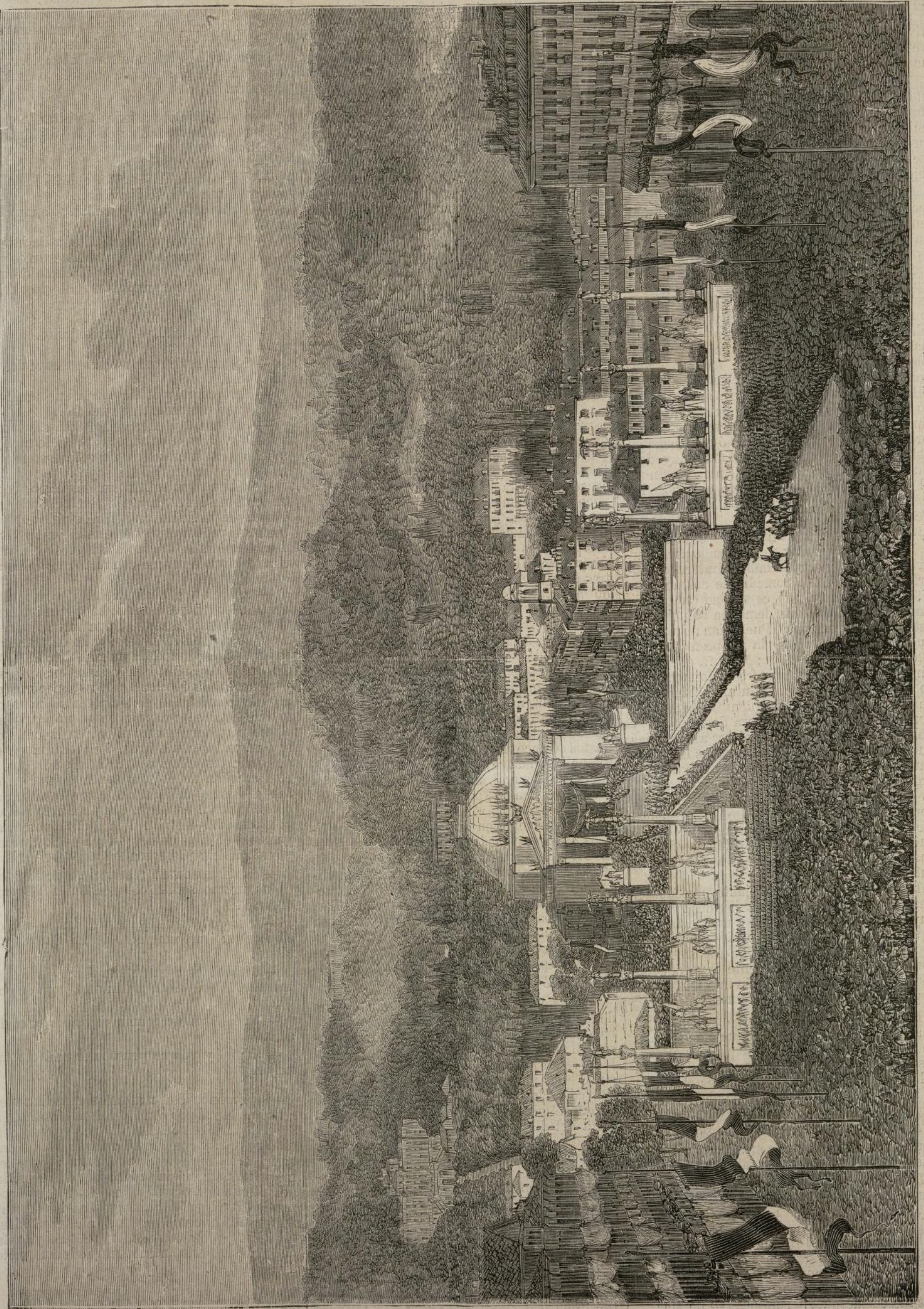
— Nada... todo el mundo entra por su linda cara.

— Oiga! y yo que pensaba ir allá con mi mujer.

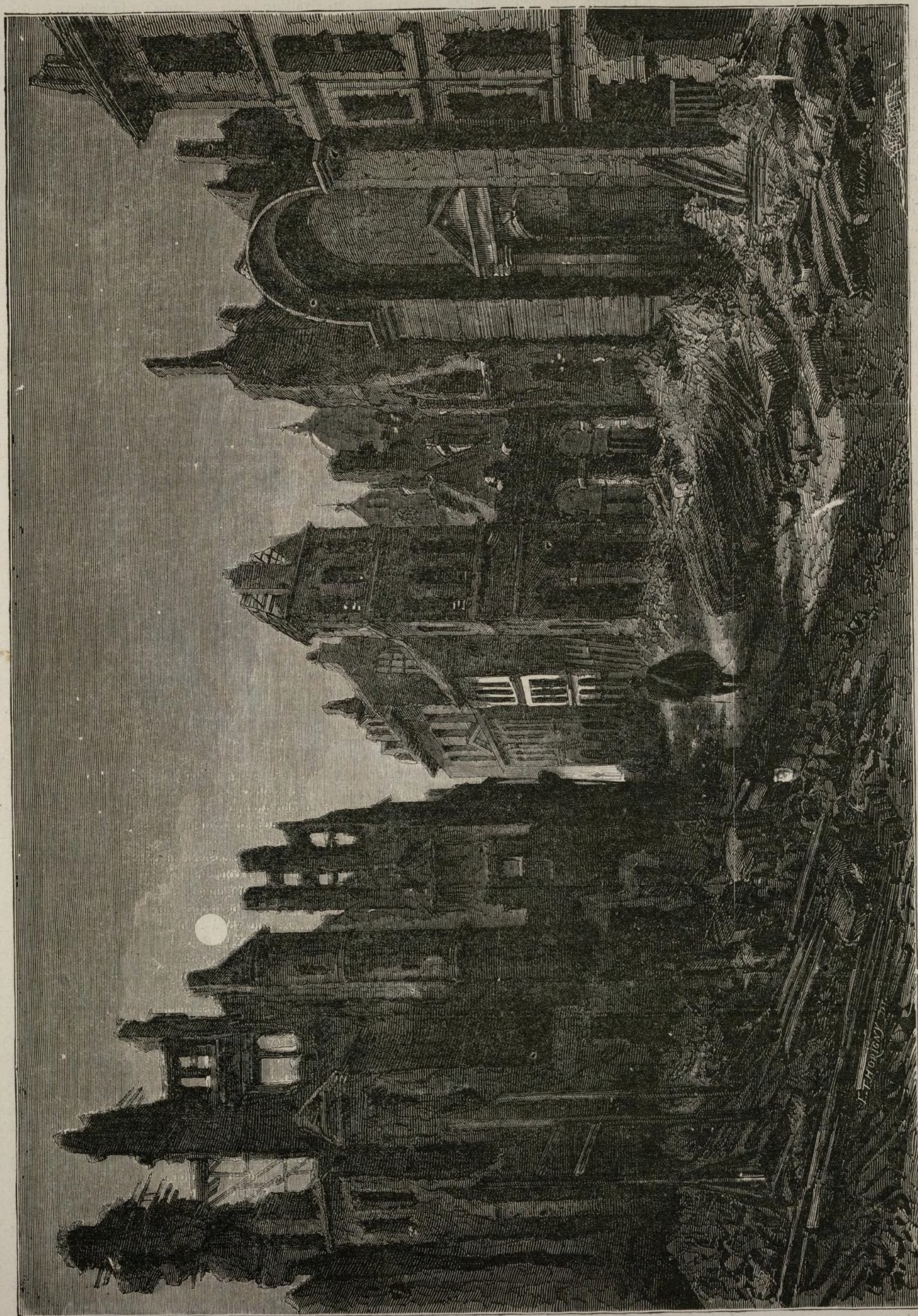
Una noche el marqués de Custina presentó en el palacio de la princesa Czartoriska á un lord, jóven de alto linage, vestido con todo rigor... y con zapatillas de marroquí encarnado. El inglés estaba listo, en espera del marqués, para ir á la visita; mas á la llegada del introductor, olvidó el lord ponerse sus botas de charol y sólo al inclinarse para saludar á la princesa reparó en sus fatales zapatillas. *Shoking!* Se eliminó del salon, de París y hasta de Francia. Deste entonces no se le ha vuelto á ver el pelo.

JULES LECOMTE.

Trad. A. L. de B.



Fiesta del Estatuto en Turin, en la plaza de Carlos-Alberto, de una fotografía remitida por el señor Chiapella.



Las ruinas del cuartel latino, vistas de noche.

El *Mundo ilustrado* que, como han podido juzgar nuestros lectores, no retrocede nunca ante ningún sacrificio, había enviado al señor Iriarte, su corresponsal, á que siguiera al estado mayor del ejército español en su expedición á Marruecos. Este artista se encuentra todavía en Madrid, desde donde remite dibujos para el periódico.

Recientemente, M. A. Deroy, otro dibujante, partía, como nuestro corresponsal, para la Saboya y el condado de Niza.

Hoy, acabamos de encargar á M. Durand-Braeger, el pintor de marina, cuyo talento es justamente apreciado, el dibujante militar de las expediciones de la Plata, de las guerras de Crimea y de Italia, que se dirija á Sicilia para poner á nuestro periódico al corriente de los sucesos importantes que podrán sobrevenir en aquella isla, y para enviarle los dibujos mas interesantes que juzgue dignos de figurar en nuestras columnas y capaces de llamar la atención de nuestros lectores.

El *Mundo ilustrado* no quiere sustraerse á las obligaciones que impone el buen éxito, y hace todos los esfuerzos posibles para probárselo á sus simpáticos suscritores.

DIÓGENES.

(Cuadro de M. Gérôme.)

El cuadro de M. Gérôme, que reproducimos hoy, ha sido tomado de la maravillosa colección de obras de arte de los Sres Goupil, calle de Chaptal. No es ciertamente este un cuadro de género, pero sí una página de la historia que traza completamente la fisonomía de la existencia del contemporáneo de Alejandro el Grande. En su tonel de barro cocido, junto á un palacio de mármol blanco, el filósofo burlon enciende su linterna en medio del día para descubrir un hombre.

Los errantes perros de las calles de Atenas, de la misma raza que los que recorren en nuestros días las calles de Constantinopla, examinan con sorpresa esta extraña luz.

La cara del cinico, de aspecto muy natural, está muy bien dibujada y es de un buen colorido. Creemos sinceramente que *Diógenes*, ora se considere la composición, ora la ejecución, es uno de los mejores lienzos de M. Gérôme.

LÉO DE BERNARD.

(J. R.)

LAS FIESTAS DEL ESTATUTO EN TURIN.

Han sido celebradas, en Turin, el 13 de mayo, las fiestas del Estatuto, constitución otorgada en 1848 por Carlos Alberto á los Piamonteses.

Desde por la mañana, Víctor Manuel se dirigió á la iglesia della Gran Madre di Dio. A pesar de la lluvia, que no cesó de caer sino en la tarde, las calles y las plazas se hallaban llenas de lugareños de todas las provincias, de la Toscana y de las Romanías. Todos habían ido á participar de estas fiestas del Estatuto, de esa constitución que ha sido el origen de su nueva libertad.

La ancha calle del Pò se hallaba adornada de un extremo al otro de cortinas y de banderas que forman en cierto modo una serie de arcos triunfales en la carrera del cortejo. La plaza de Víctor Manuel estaba llena de cañones y de caballos, condecorada con grupos de estatuas y de columnas rostrales. Los balcones y las ventanas, llenos de gente, completaban el grandioso espectáculo de un pueblo, cuyo entusiasmo por sus libertades y su soberano se traducía en vivas aclamaciones.

A las cuatro se verificaron las carreras, y por la noche las iluminaciones y los fuegos artificia-

les terminaron brillantemente esta jornada, durante la cual la unión que no ha cesado de reinar entre los habitantes de todas las provincias, permite mirar con confianza al porvenir de la nueva Italia.

Debemos al señor Chiapella, aficionado fotógrafo de Turin, pero que no por esto deja de ser artista, una fotografía según la cual hemos dibujado el aspecto de la plaza de Carlos Alberto el día de las fiestas del estatuto. Al apreciar la copia que da nuestro grabado, los lectores podrán juzgar del mérito de la hermosa prueba que nos ha enviado nuestro corresponsal.

MÁXIMO VAUVERT.

(J. R.)

LOS RUINAS DEL CUARTEL LATINO.

Viendo Felipe Augusto aumentar las rentas de su tesoro con la población de Paris, y prosperar la población con la grande afluencia de estudiantes que venían á esta ciudad, quiso atraer á estos últimos con ciertos privilegios.

Uno de los que mas ambiciona la juventud, es la independencia. La ordenanza del año 1200 les garantiza, por decirlo así, la impunidad. Su voluntad ordena que cuando vean los habitantes de Paris golpear á un estudiante con armas, palos ó piedras, tengan la obligación de socorrerle, de arrestar al agresor y de entregarle á la justicia. Por las otras disposiciones de la misma ordenanza, se prohíbe al prevoste del rey y á su oficial que echen garra á un estudiante y le conduzcan á prisión. Si, por la gravedad de su delito, merece ser preso, no podrá serlo mas que por la justicia del rey. En ningún caso se puede aprehender á un estudiante fuera del flagrante delito. Es fácil comprender que estos privilegios engendraron muy pronto el mayor desorden entre los estudiantes, y un autor de la época escribía hablando de ellos: « Se hallan entregados á la gula mas que al estudio; prefieren contemplar las bellezas de las jóvenes á las bellezas de Cicerón..., la ciencia está envilecida; la instrucción languidece, no se abren ya los libros. » (*De Arte prædicationis*.) A pesar de relajarse así las costumbres, Paris conservó el fuego sagrado, y « se acudía de todas las partes de la Europa, y los sabios mas ilustres profesaban en él todas las ciencias. Véase renacer el gusto antiguo, el talento de los Griegos y los estudios de la India. »

Estas dos apreciaciones, tan diversas una de otra, y sin embargo tan conformes una y otra á la verdad, resumen la opinión de todos los que, aun en nuestros días, han querido pronunciar una sentencia acerca de los discípulos de la Universidad de Paris. Unos han apellidado escándalo al hablar de los jóvenes del barrio Latino; pero otros, que para juzgar una cuestión van al fondo de las cosas, sin detenerse en algunas escentricidades de la juventud inherentes á la vida de los colegios, han proclamado en alta voz que la Universidad de Paris ha conservado siempre ese fuego sacro á cuyos rayos vienen á reanimarse las inteligencias del mundo entero.

Nos hallamos hoy muy distantes de las ordenanzas de Felipe Augusto, y era menester toda la inteligencia y toda la habilidad del lápiz de M. F. Thorigny para transportarnos á esos siglos en que los estudiantes daban sangrientos combates á las jentes del abate de San-Germain, una verdadera batalla á los habitantes del arrabal Saint-Marceau. Nuestro dibujante nos representa ese antiguo cuartel latino anchamente encentado por las demoliciones modernas, bañado por la luz de la luna que da á estas ruinas el aspecto de la ciudad de Sebastopol al día siguiente de su toma. Tal es por lo menos la opinión del in-

válido colocado de guardia por la noche en las demoliciones. « Salvo el olor de la sangre y de la pólvora, nos decía, aquello presentaba absolutamente el mismo aspecto. » Formaba parte dicho inválido del ejército de Crimea.

Se comprende que, en el laberinto de calles estrechas, mal alumbradas y poco rectilíneas que partían de la plaza de San-Miguel, circundaban la larga calle de la Harpe y conducían cada cual á un colegio, á la Sorbona y á las escuelas, los estudiantes hayan podido sustraerse por mucho tiempo, al abrigo de la oscuridad, de lo sinuoso de las calles y de las ordenanzas, á la vista y algunas veces á la persecución de las rondas. Pero hoy que no existen ya los privilegios, que el estudiante y el particular son iguales ante la ley, que el gas ha llevado á los rincones mas oscuros sus rayos denunciadores, no quedaba por ejecutar mas que una cosa para hacer desaparecer del barrio Latino todo vestigio de feudalidad: reconstruir el barrio Latino.

Echemos una mirada de despedida á esas antiguas calles que se desploman para ceder su lugar á un vasto boulevard, y desde la parte superior de la plaza de San Miguel, miremos desfilar esas antiguas casas que, mañana, no serán ya, mas que un recuerdo. A nuestra derecha se ve todavía en pie la fuente construida en 1682, según los planos de Bullet, y en el lugar en que se hallaba la puerta llamada de *San Miguel*. Esta fuente distribuía á ese barrio favorecido las puras y famosas aguas del acueducto de Arcueil, y en su frontis Nanteuil había trazado este dístico:

Hoc sub monte duos reserat sapientia fontes
Ne tamen hanc paris respue fontis aquam.

Mas lejos se borra en la penumbra la calle de Grès, una de las mas antiguas de Paris, en la cual habían hecho construir los reyes de la primera raza la iglesia de Saint-Étienne-des-Grès, cerca de la que se hallaba, en el siglo XIII, la *prensa del rey*, á la cual llevaban las vendimias recojidas en el *Clos-le-Roy*, situado en el arrabal de Saint-Jacques. Un boquete abierto ayer nos deja ver la cúpula de la Sorbona, colegio fundado por Roberto Sorbon, capellan del rey San Luis, y reconstruido por Richelieu; el esqueleto de la antigua sala capitular del colegio de Cluny, oculta mucho tiempo tras una empalmadura moderna, y que acaban de dejar á descubierto las demoliciones.

Todas estas casas de la calle de la Harpe van á desaparecer con sus patios plantados de árboles, sus vastas chimeneas, sus largos corredores, semejantes á los de un convento, y en las cuales parece que vá á recobrase la vida de los siglos XIV y XV. Estos techos, que han abrigado á los Abélardo, los San Bernárdo, los Daniel de Gerson, los Pedro Sorbon, los Jacobo Amyot, y tantas otras lumbres de la ciencia, de la filosofía y de la literatura, se desplomarán mañana bajo el implacable martillo y se llevarán consigo la poética fisonomía que los amigos del cuartel Latino prestan á este laberinto de calles que formaba el barrio de las Escuelas. La civilización es exigente, y los estudiantes, lo mismo que los Parisenses de la orilla derecha del Sena, deberán resignarse á andar sobre el asfalto de anchas aceras, á no ser ya aplastados, ó simplemente salpicados de lodo, en las calles demasiado estrechas, á respirar con todos sus pulmones bajo los árboles de los squares y de los boulevards, á dejarse vijilar por largas é infalibles hileras de reverberos de gas, y á dirigirse en coche, en caso de necesidad, á los Cursos de medicina y de derecho.

A. ARNAUD.

(J. R.)

CRONICA DE MADRID.

El teatro español ha muerto por ahora. La escena no resonará ya por algún tiempo con los armoniosos versos de nuestros poetas antiguos, ni lucirán en ella las galas de la poesía nuestros autores contemporáneos. Los teatros del *Circo*, de las *Novedades*, de *Lope de Vega* y del *Príncipe* han ido sucesivamente cerrando sus puertas, presentándose en quiebra sus empresas. En cambio tiene una exuberancia de vida y acción la *Zarzuela*, ese género bastardo de la literatura y de la música, que ni es la ópera, ni el drama, ni la comedia, y que sin embargo, ha sido bastante poderosa para hacer enmudecer á estos dos últimos, y no sólo hace la fortuna de la empresa del teatro de *Jovellanos*, sino que manda expediciones semanales á Aranjuez y á Toledo, aprovechando el ferrocarril del Mediterráneo. La decadencia en que se halla la escena española deberá poderosamente llamar la atención del gobierno, á quien interesa la conservación y el fomento de la literatura nacional, siendo baldon y mengua de nuestra época que, en la capital de las Españas no haya un solo teatro de verso. La novedad que en este mes ha presentado el teatro de la *Zarzuela* es las *Memorias de un estudiante*, composición extraordinariamente aplaudida.

Su argumento está basado sobre una picante anécdota del reinado de Carlos IV. La disipación de aquella corte es de todos conocida. Al ejemplo de la reina María Luisa, las damas más principales no se desdaban de correr en busca de amorosas aventuras. Entonces Pedro Romero, Costillares y otros célebres toreros eran obsequiados y festejados por las duquesas. Se había prescindido hasta de la hipocresía del buen parecer, ese último homenaje que el vicio rinde á la virtud. Hacíase gala y ostentación de la vida licenciosa y desordenada.

En una de las tardes más calurosas del estío, salía al anochecer modestamente vestida y de *trapiño*, como entonces se decía, la condesa de B..., rival entonces de la célebre duquesa de A... Lo esbelto de su talle, lo mórbido de sus formas que entonces marcaba exactamente la estrecha y corta basquiña andaluza, antítesis del engañoso mirriñaque de hoy, su aire voluptuoso y provocativo llamaron la atención de un pobre estudiante que, envuelto en su raído manto y con su sombrero tricorno la siguió fascinado, echándola algunas flores y piropos á que no se mostró indiferente la noble y disfrazada dama. Al llegar al Prado de San Fermin ya estaban tan de acuerdo, que la dama marchaba apoyada en el brazo del estudiante. Creía éste obsequiar á alguna linda y traviesa criada, y viéndose con un peso fuerte en el bolsillo, la convidó á refrescar en la botillería de Canosa, uno de los dos únicos cafés que se conocían entonces en la coronada villa, capital de dos mundos. La duquesa, al entrar en la botillería, habló rápidamente unas palabras con Canosa, y sentándose con su amable pareja en uno de los bancos de pino, único asiento de aquel establecimiento, empezó á pedir bebidas, vizcos, vino generoso y café, no encontrando nada á su gusto y renovando la petición de nuevas bebidas, haciendo palidecer por momentos el rostro del estudiante, que sentía fundirse la única moneda que llevaba en su bolsillo. Llegó el momento fatal, el de pagar. El estudiante se dirigió al mostrador, habló un momento con el botillero, se retiró después algunos instantes con él, y en el entre tanto la disfrazada duquesa aguardaba radiante de alegría, y la sonrisa en los labios la vuelta del apasionado estudiante. Volvió éste algo mustio, doliéndole bastante la prenda que sin duda había tenido que dejar al botillero en garantía

del excesivo gasto hecho por su amable compañera. El amor disipa en breve las penas de la juventud. Así es, que no tardó en admitir la invitación que la disfrazada dama le hizo de llevarle á un baile que daban unas criadas amigas suyas en casa de sus amos, unos ricos señores que se hallaban ausentes. En alegres y amorosas pláticas llegaron á una gran casa que hay en la cuesta de la Vega. Aunque lo iluminado del portal y todo el aparato llamó la atención del estudiante, creía éste subir á las habitaciones de las criadas, cuando, entrando en el salón principal, halló allí reunida en tertulia á la más brillante y aristocrática sociedad de la corte, y que todos saludaban como condesa de B... á la linda compañera con quien tan familiarmente había pasado las primeras horas de la noche. Confuso el estudiante, tímido y avergonzado, tomó asiento en aquella noble reunión, á la que la condesa ponderaba la fina atención y obsequios que le había debido. Todo iba bien hasta entonces, pero habiéndose tratado de bailar, quiso la condesa dispensar al joven que fuese su pareja. Rogóle que se quitase la sotana, le diese la mano y se pusiese en baile. Un frío y mortal sudor bañó la frente del joven estudiante. Cubriéronse de palidez sus mejillas, antes tan vivas y animadas. En vano instó, suplicó, rogó. Casi á la fuerza le arrancaron la sotana, y apareció ante aquella noble reunión casi en las formas del Apolo de Belveder y del Hércules Farnesio. El pobre estudiante había dejado empeñados sus calzones en la botillería de Canosa para pagar el excesivo gasto que en ella había hecho una condesa que trató de divertirse á su costa y á quien obsequió, creyéndola una mujer aventurera y del pueblo. A la mañana siguiente recibía el pobre estudiante el nombramiento de Abad de la Santa Iglesia colegial de Benavente. Y no causaba extrañeza alguna esto en aquella época, porque desde simple Guardia de Corps pasaban muchos á canónigos de las primeras catedrales de España. El decano del episcopado español, el venerable Andriani, obispo de Pamplona, de edad hoy de 86 años, sirvió en los Guardias de Corps del tiempo de Carlos IV.

El día 15 de mayo el pueblo de Madrid ha acudido en romería al campo en que un hombre de condición humilde, un oscuro labrador, Isidro, nacido en la misma villa, siete siglos antes, labraba las tierras del rico propietario Iban de Vargas, del que era criado, y en las que al golpe de su ahijada hizo brotar una milagrosa fuente para aplacar la sed de su amo. La romería de San Isidro en Madrid data desde la época en que la emperatriz doña Isabel, esposa de Carlos V, por haber recobrado con el uso de aquella agua milagrosa la salud el príncipe de Asturias, que después fué el rey Felipe II, erigió en agradecimiento al Santo patrono de Madrid en 1528 una hermita. Desde entonces comenzó el pueblo de Madrid su romería, no interrumpida en el espacio de tres siglos y medio; el día de la festividad del Santo Patrono de Madrid. En un principio era un acto de devoción que con el tiempo degeneró en una fiesta popular, verificándose lo que dice el antiguo refrán español de que, *Romería de cerca mucho vino y poca cera*. Y con efecto, para justificar este adagio vulgar se ven al rededor de la hermita del Santo largas filas de mesas en que se venden frasquetes de licores, é improvisadas fondas, cafés y tabernas construidas con lonas y esteras. Allí acude también el pueblo á refrescarse con la cristalina agua de la milagrosa fuente de San Isidro, á la que se atribuye la virtud de curar las calenturas. Por eso ya desde el tiempo de la emperatriz doña Isabel hubo la costumbre, que aun hoy práctica la sacramental de San Andrés, de entregar en manos de la Reina de España el mismo día de San Isidro un cántaro de agua cojida

de la milagrosa fuente, y el que presenta con toda solemnidad una comisión nombrada al efecto. La Reina Isabel con religiosa piedad bebe esta agua, y la hace beber á los Príncipes sus hijos, dando una espléndida limosna para sostener el culto que se tributa al Santo Labrador.

JOSÉ MUÑOZ Y GAVIRIA.

EL BOSQUE DE BOULOGNE.

Sabido es que el bosque de Boulogne ha sido transformado en un espléndido parque, digno de las maravillosas obras ejecutadas en la capital durante los últimos años. Mas allá del arco de la Estrella, el boulevard de la Emperatriz, abriéndose paso al través de casas, jardines, cerrillos y obstáculos, va á reunirse al bosque y abre sobre el monte Valerio, que domina á Suresne, una deliciosa perspectiva, un horizonte hecho á medida del deseo para el recreo de la vista. Lánzanse por esta avenida como por una arboleda de Hyde-Park, los caballos del raza, os brillantes trenes y los modestos cupés. El bosque de Boulogne ha reemplazado á los Campos-Elíseos. Las márgenes de sus lagos y de sus arroyos tienen un aspecto pintoresco que no poseían ni Cours la Reine ni la avenida de Gabriela, apesar de hallarse regados con mucha frecuencia. Los plantíos que han venido á decorar á las islas, constituyen la colección más curiosa que ha existido nunca, aun en los invernaderos más opulentos. Así que, la población parisiense ha sabido apreciar las ventajas que la ofrecía esta creación moderna. El landó y el simon no trazan ya sus rodadas sobre el macadam de las avenidas, y los pedestres caminan sobre la fina arena de las contra-avenidas, á las cuales sirve de orilla un mullido césped. El Pré-Catelan ofrece en el centro del bosque sus embalsamados espesillos, sus frescas sombras y su brillante orquesta á los amantes de los hermosos jardines y de la esquisita música, y más lejos, al pie de las altas cascadas, el Hipódromo de Longchamps ve acudir en los días de carreras y de steeple-chase á todas las sociedades hípias de la Europa.

Hoy que el bosque se halla completamente transformado, desde la puerta Maillot hasta Boulogne y desde Auteuil hasta San JAMES, nuestros lectores no verán quizás sin interés una topografía pintoresca de este gran paseo parisiense, que deja muy atrás en importancia al Prado de Madrid, al Thiergarten de Berlin, las Cascinas de Florencia y el Prater de Viena.

Una actualidad que no harémos más que indicar de paso hoy, es la creación del jardín de la Sociedad de aclimatación. Este magnífico establecimiento, fundado bajo los auspicios del Emperador, por M. Geoffroy-Saint-Hilaire, director del Jardín de las Plantas de París, ocupa un inmenso espacio en la parte del bosque vecina á Neuilly, comprendida entre la avenida de Orleans, la avenida de Longchamps y la colonia de San JAMES. Las construcciones de este vasto jardín no están aun terminadas. Es fácil sin embargo adivinar ya cuál será su importancia. Parques para los cuadrúpedos, pajareras para las aves, estanques para las especies acuáticas, caballerizas y establos se hallan casi concluidos y podrán recibir dentro de poco á los huéspedes exóticos que se les destina.

Volverémos á ocuparnos en detalle de este establecimiento cuya útil creación merece un estudio especial.

EMILIO BOURDELIN.

(J. R.)



El Bosque de Bolonia, con el nuevo trazado de jardín de aclimatacion.

ULRICO.

(Conclusion.)

III

Pero si este amor de niño se evaporó como el perfume de un lirio, con frecuencia pensaba en el incidente singular que nubló la aurora de su nacimiento. No podía resignarme á creerle, á pesar de las apariencias, un puro efecto de mi imaginación, y abrigaba un íntimo convencimiento de que el lance había tenido lugar como lo he referido, esto es, que un pequeño objeto de naturaleza desconocida, lanzado quizá por la mano de algún necio ó de algún mal intencionado, vino á herir mi rostro en el mas crítico instante. Esta aventura, en realidad bien fútil, me hizo sin embargo receloso y desconfiado, y desde entonces me acostumbré á mirar con prevención al prójimo y á dudar de mí mismo. En el fondo, el resultado del accidente no fué del todo malo.

Jamás he vuelto á sentir, lo confieso, un amor como el que en aquella inolvidable noche brotó en mi corazón de niño: él hubiera hecho de aquella mujer, así lo creo, el ídolo de mi vida, el santuario de mis creencias, la encarnación de mis ensueños de felicidad; y de mí, su ciego esclavo, dichoso y sumiso.

Aquel amor es, sin embargo el mismo que hoy comprendo; pero ese puro y sublime sentimiento que todo lo embellece, ¿es verdaderamente de este mundo, ó es que Dios nos ha dado la conciencia de él para hacernos menos sensible el tránsito de esta vida á otra imperecedera, donde el alma gozará sus inmortales delicias?

El tiempo se deslizaba sin que yo tomase ninguna resolución para el porvenir. Después de mis estudios de beneditino, esta vida independiente y libre tenía para mí inesplicables encantos. No obstante, no vayais á creer que la pasaba en la ociosidad y la disipación. Instruíame con el trato de jentes, fortificaba mi alma, sedienta siempre de conocimientos, hojeando volúmenes en las bibliotecas, y completaba mis estudios sobre vuestra literatura pasando una gran parte de las noches en el Teatro-Francés. Era para mí una gran dicha el escuchar, recitados con expresión y talento, los hermosos versos de los grandes poetas; y mi placentera emoción llegaba muchas veces á arrancarme lágrimas cuando los pasajes mas de mi gusto eran precisamente los mas aplaudidos. Este acorde entre mi discernimiento literario y el del público, me probaba que no era mal apreciador de las bellezas poéticas, y hasta cierto punto me llenaba de orgullo.

Mi amor propio quiso un día, respecto á esta materia, tener una completa satisfacción, recurriendo á una prueba decisiva. Representábase el *Ruy-Blas*, drama entonces nuevo, y desconocido para mí. Lo compré y leí atentamente antes de su representación, teniendo cuidado de señalar con lápiz los trozos, y hasta los versos que yo tenía por mejores.

Al levantarse el telón, estaba, como vulgarmente se dice, sobre las armas; esto es, instalado en mi sillón de orquesta, con el drama en la mano, el oído atento, y el alma pendiente de los labios de los actores. Era á la sazón la época de la gran lucha entre clásicos y románticos. Una obra nueva de Víctor Hugo formaba un acontecimiento, y dividía á los espectadores en dos opuestos bandos; uno que la encontraba admirable, otro que la conceptuaba pésima. Estas simpatías y estas repulsiones, solían á menudo manifestarse en el teatro de una manera tumultuosa: dábanse aplausos y silbidos simultáneos, injuriábanse unos á otros desde el patio á la cazuela, y no era extraño ver á dos vecinos de localidad tirarse cordialmente de los cabellos y darse de

mojicones sobre si es blanca ó es negra. Aquella noche la representación fué mas apacible que las anteriores. Los partidarios del poeta formaban una mayoría tan imponente que sus adversarios, comprendiendo que sus palabras tendrían un eco muy débil, se contentaron con hacer una oposición de murmullos, que si bien suficiente á probar en aquel sitio la existencia de los defensores del clasicismo, no era bastante para interrumpir la representación. Por lo demás, el público era nutridísimo: el local reservado á los músicos estaba invadido, y sentíanse, digámoslo así, cruzar por la atmósfera ciertas corrientes eléctricas que anunciaban la presencia de un gran número de hombres distinguidos y de eminencias literarias. Oíase en el teatro un murmullo sordo, semejante al que producen las abejas cuando se apiñan cerca de los agujeros de su colmena á la hora de ponerse el sol. En el instante de alzarse el telón, se restableció el silencio, pero un silencio sepulcral, solemne. Comprendíase que los espectadores habían venido allí tanto para juzgar como para deleitarse.

El triunfo del poeta fué completo. Desde el primer acto, el interés se apoderó del público, y la belleza de los versos embelesó sus sentidos. En el acto segundo la oposición estaba casi muda, y en el tercero, salvo algunos murmullos y gestos reprobativos aislados, había abdicado por completo. En cuanto á mí, estaba en el colmo del entusiasmo, y tanto mas satisfecho, cuanto que los aplausos mas frenéticos se prodigaban casi siempre á los trozos marcados en mi ejemplar, á los versos que habían conmovido mi corazón, y que yo de antemano señalara. El amor propio satisfecho entraba por mucho en mi encanto, contribuyendo no poco á aumentar los goces que el espectáculo me hacía sentir. Durante el entre-acto de la cuarta á la quinta jornada, quedéme embebecido en mi sillón, la cabeza reclinada sobre el pecho, soñando con la gloria dramática. Mi corazón latía con fuerza, tal vez mas que la noche de los Italianos. Mis sienes estaban abrasadas por los pensamientos de triunfos y de aplausos que bullían en mi cerebro, y el sudor bañaba mi frente. «Y ¿por qué no? me decía. Soy joven, tengo bastantes conocimientos, puedo adquirir muchos mas de los que poseo, y, á no dudarlo, no me ha negado el cielo el sentimiento de la belleza en la poesía dramática, puesto que el público mas ilustrado de París acaba de confirmar mi fallo sobre esta obra...» Profundizaba estos pensamientos, los acariciaba, y figurábame haber encontrado el asunto de una pieza que debía poner en ejecución, cuando se alzó el telón para dar principio al acto final.

Había marcado mas particularmente que los otros estos versos, tan notables por su dulzura, sencillez y belleza, que dirige *Ruy-Blas* á la reina después de la terrible escena del gabinete:

Aun guarda el alma mía
Nobleza y honradez. — No me defiendo...
Sé que debí buscar contra la impia
Violencia del amor que me ha perdido
Un remedio eficaz, sí, lo comprendo!
Mas ya está consumada
La falta que deplora
Mi pobre corazón; y conocido
Por ella habréis, señora,
Con cuánto ardiente afán os he querido!

Esta vez no hubo bravos, ni aplausos, ni ruidosas muestras de aprobación; pero el silencio religioso que reinaba en el teatro, el recojimiento y ansiedad de la concurrencia, la palidez de los semblantes y las furtivas gotas que se deslizaban por algunas mejillas, decían muy claramente que el autor, al llegar á este punto, había tomado las proporciones de un semidios á los ojos de sus amigos.

«Esto es hermoso, magnífico! — me dijo mi vecino de la derecha: ¡cuán dichoso debe ser el

autor en este momento, si se halla en el teatro!»

Semejantes palabras fueron mi golpe de gracia. «Decididamente, me dije — seré poeta y autor dramático. Es mi vocación. Buscaba una senda que me llevase á un porvenir grande: héla, pues, aquí, abierta ante mis pasos. Quiero ceñir á mi frente los laureles de que está alfombrada. Quiero que llegue un día en que, para escuchar los acordes de mi lira, se reúna también en este mismo recinto la sociedad mas inteligente de París. También yo quiero la gloria!...»

Tanto era el entusiasmo que me embargaba, tan profunda mi fé y tan noble mi ardor, que pronuncié estas últimas palabras casi en voz natural. Mas apenas había terminado la frase, cuando sentí por segunda vez sobre mi rostro, y casi en el mismo sitio de la primera, el golpe de un objeto que me pareció ver brillar ante mis ojos en el instante en que vino á herirme.

Renunció á describiros cuál sería mi estupor y mi cólera.

Esta vez abandoné súbito mi butaca, porque, habiendo levantado la vista por un movimiento instintivo hacia los asientos superiores, me pareció notar que un individuo de aspecto sospechoso me señalaba con el dedo y se reía. Por salir cuanto antes de la sala, atropellé toda una fila de espectadores que alzaron contra mí un coro de enérgicas imprecaciones. El espectáculo fué interrumpido y ¡en qué momento, gran Dios! cuando *Ruy-Blas* acaba de envenenarse y la reina pronuncia su perdón y consentimiento. Si yo hubiera sido el enemigo personal del autor, de seguro no habría humillado tanto á los cómicos ni escandalizado mas el teatro que de la manera que lo hice con mi rápida y atolondrada marcha. Próximo estaba tal vez á pararme y á armar quimera contestando á los insultos de mis víctimas cuando logré al cabo ganar la puerta de salida. Para ello me fué preciso escalar muchos pares de estiradas é inflexibles piernas, cuyos propietarios las alzaban sin duda con la sana intención de que al tropezar en ellas me cayese y rompiese la crisma.

Por fin, estaba en el corredor! Subí rápidamente la escalera que conduce á los palcos y asientos superiores, animado por una increíble sed de venganza. «Si le encuentro, — me decía, — si es él, le agarro por el cogote y le arrojo sobre la escena para contribuir al trágico desenlace del drama.» De tal modo sentía mis fuerzas aumentadas por la ira, que, á ser necesario, creo que mis músculos hubieran tenido entonces la potente resistencia del acero.

Había llegado ya á la altura de la segunda galería, cuando, súbitamente y como si fueran movidas por un secreto é ingenioso mecanismo, las puertas de todos los palcos se abrieron á la vez. Resonó un atronador ruido de aplausos y de bravos, y en el mismo instante los corredores fueron invadidos por la concurrencia. Era que el espectáculo había concluido: miré hacia la escena, y ví á *Ruy-Blas*, en pie, que acababa de resucitar para recibir su parte de la ovación pública. Desprendióse entonces desde lo alto de la escalera una como avalancha humana, y comprendí lo insensato y peligroso que hubiera sido querer arrostrar semejante impetuoso torrente. Y luego, ¿con qué objeto, cuando tras él no debía encontrar á nadie allá arriba? Detúveme en aquel sitio, interrogando con feroz mirada á los que pasaban por delante de mí: pero no reconocí en ninguno al presunto insultador, y tuve que renunciar á mi venganza cuando oí descender las últimas personas y quedar la escalera vacía:

«Vamos — me dije tristemente mientras bajaba todavía esta vez quedará el odioso misterio impenetrable!»

Como pasé por delante de la entrada á la or-

questa sin detenerme, la mujer que guarda los abrigos—que ya no esperaba sino á mí para marcharse—me reconoció y llamó poniéndome después mi gabán sobre los hombros. Creo que verdaderamente me salvó la vida; porque en aquel instante una fiebre ardiente me devoraba, y el viento de la calle era tan intensamente frío que penetraba hasta la médula de los huesos.

IV.

De vuelta en mi casa, me dejé caer en un sillón y me puse á llorar como un niño. Así permanecí largo tiempo inmóvil y abismado en mi tristeza. El reloj daba las dos cuando me eché sobre la cama. Tenía el cuerpo helado, pero la cabeza ardiente como un volcán. Era ya muy tarde cuando me quedé dormido, casi amanecía; pero este reposo bienhechor refrescó mi cerebro, calmó mi fiebre y me trajo placenteros ensueños. Acariciábame precisamente uno de estos cuando me desperté riendo á carcajadas. ¡Estrañó contraste que sólo puede explicarse por el tesoro de juventud que entonces poseía! Acababa de soñar que había tomado un baño de oro, que después lo había hecho arrojar por la ventana á la calle, y que los transeúntes, acudiendo en tropel, se tiraban de los cabellos disputándose los auríferos despojos de aquel inesperado hallazgo. Un rico hombre descendió de su carruaje y confundiendo con la alborotada plebe recojía también puñados de luises en mitad del arroyo. La vista de este cuadro fué la que me puso alegre. Una vez despierto, no comprendía cómo una acción tan vergonzosa pudo hacerme reír: es que no era ya el hombre de mi ensueño. Sin embargo, analizando con el pensamiento el grave asunto de los goces de la posesión y de la ardiente sed de oro, vine á confesarme, de deducción en deducción, que se necesitaba un talento algo mas que mediano para adquirir una gran fortuna por medios nobles y legales. Estas ideas no eran por cierto muy propias de mi edad; pero me sentía como envejecido prematuramente, y comprendí que el medio mas seguro de dominar á los hombres, de merecer su respeto, adhesión y fidelidad, consistía en presentarse uno á sus ojos revestido con el mágico poder que proporciona el dinero. «Ni el amor ni la gloria! — me dije — quiero ser rico!» Y con la cabeza agitada por estos pensamientos, me levanté, abrí mi gabeta, y recorrí algunos papeles para asegurarme del importe de la suma que todavía me restaba. Era bien poca cosa; pero suficiente, sin embargo, para emprender una pequeña especulación. Resolví marchar al día siguiente para Burdeos, donde vivía desde largo tiempo un amigo de mi familia, rico armador, cuya experiencia y consejos podrían servirme de mucho en mi aprendizaje mercantil. Temiendo variar de resolución, me ocupé en seguida de mis preparativos de viaje, lo arreglé todo, y cuando salí de mi cuarto ya no me faltaba sino poner las hebillas á mis preparadas maletas.

Diríjime hácia el Palacio Real, donde yo acostumbra á comer habitualmente. Como aquella tarde sentía una necesidad imperiosa de estar solo, me estuve paseando por el jardín hasta el momento en que me pareció que los salones de Vefour se hallaban casi desocupados. Paris entero come entre las cinco y las ocho, y hay fonda en que, al espirar la última vibración de la hora indicada, puede su dueño apagar el gas y cerrar las puertas sin que se le siga ningún perjuicio á sus intereses.

Entré en una sala, donde no ví mas que á un mozo de servicio y á la señora del despacho que á la sazón se ocupaba en arreglar sus cuentas, en hacer su balance del día. Sentéme á una mesita colocada en un ángulo de la pieza, pedí mi sopa y me absorbí en el estudio de la lista culinaria como un hombre que no tiene apetito.

En un principio creí estar solo, pero me engañé. Al levantar la cabeza halléme con que otro comensal había tomado asiento frente á frente del sitio que yo ocupaba; mas cuál no sería mi sorpresa, mi estupefacción, cuando, habiendo examinado á mi acompañante, noté que sus facciones eran en un todo semejantes á las mías: los mismos cabellos rubios, la misma barba roja y recortada en punta, igual corte de rostro é idéntica nariz afilada y un poco larga. Para completo de semejanza estaba también, como yo, vestido de negro. Al verle, un sudor helado bañó mi frente, y recorrió mi cuerpo un nervioso escalofrío. Sirviéronme la sopa y á él también la suya: de cuando en cuando, y sin dejar de comer, echaba sobre mí á hurtadillas una mirada recelosa é inquieta: parecía no menos confundido que yo. Ni siquiera una vez levanté los ojos para mirarle sin encontrar los suyos fijos en mí, y me chocó el reparar que nunca los bajaba él primero. Casi llegué á imaginarme si su intención sería ofenderme; pero no podía creer que me tuviese mala voluntad por encontrar en mí sus propias facciones, así como yo no le guardaba por tan rara coincidencia ni odio, ni cólera.

Sin embargo, hubo un momento en que sus ademanes fijaron mi atención y me parecieron sospechosos: parecía impaciente como un hombre que tiene deseo de concluir una comida demasiado prolongada. Contraíase visiblemente su rostro, y reparé que se entretenía en arrollar alguna cosa entre los dedos de la mano derecha. Cuando le hube examinado mas atentamente, descubrí que se ocupaba en hacer de las migas de pan pequeñas bolas que iba colocando delante de sí. Este descubrimiento, y el aire altanero que de súbito había tomado mirándose fijamente, hicieron refluir la sangre á mi cabeza: los oídos me zumbaban y por un instante hasta se turbó mi vista. «¿Si será este mi hombre? — me dije con una sorda indignación, recordando la injuria de los Italianos y la mas reciente aun del Teatro-Francés. — Como sea él, quiero su vida!» Sin duda comprendió las violentas emociones que agitaban mi alma, porque su fisonomía se enrojeció y sus ojos se inyectaron de cólera. Sus labios se agitaban levemente, dejando escapar un ligero murmullo, y creí que me lanzaba una provocación. No pronunció ni una palabra; pero, colocando entre sus dedos índice y pulgar uno de los pequeños proyectiles que había preparado, apoyó el codo sobre la mesa, revistiéndose de un aire burlesco, mil veces mas ofensivo que su cólera, y pareció apuntarme á la cara, probablemente á la nariz...

Al notar este ademán, bien seguro de que esta vez tenía ante mis ojos al odioso autor de las citadas injurias, no pude contenerme en la silla. Levantéme y me fuí derecho á él: mi adversario también se levantó, pálido, con los ojos sangrientos y las narices hinchadas por la ira. Asustada la señora del mostrador, lanzó un grito... En el momento en que este grito resonaba, descargué el puño con toda mi fuerza sobre... un gran espejo que saltó hecho pedazos, y caí desvanecido sobre el pavimento.

Cuando volví en mí, algunos minutos después, gracias á los socorros que se me prodigaron, me encontré sentado cerca de la mesa donde había comido; sobre ella, y al alcance de mi mano, vi un gran número de bolillas hechas de miga de pan...

Todo me lo expliqué entonces. Pobre visionario, había padecido un alucinamiento! No me restaba otra cosa sino pedir mi cuenta y marchar. Así lo hice. En ella me pusieron ocho francos de comida y ciento treinta de *espejo*. Nadie hubiera podido comprender, leyendo esta cuenta de fon-

da, el significado verdadero de semejante partida.

Esta original aventura no modificó en nada mi resolución. Continué firme en el propósito de enriquecerme, y abandoné á Paris sin pesar ninguno, aplazando para mas tarde el amor y la gloria. «Seamos ricos ante todo! — me dije.»

En esta buena disposición de espíritu llegué á Burdeos. Dos meses después salía para Chile, llevando mi primera pacotilla, para cuya reunión seguí los consejos del antiguo amigo de mi padre, quien además me facilitó, á título de préstamo, una suma igual á la que yo poseía. Esta primera operación satisfizo completamente mis esperanzas: las sucesivas, fueron verdaderas cosechas de oro. Diez años empleé, los diez años mejores de mi juventud, en estos viajes mercantiles. Mi edad florida la pasé entera ya sobre las aguas de diferentes mares, ya recorriendo lejanos países. He vuelto con el cuerpo quebrantado, pero con el corazón virgen y vigoroso, creyendo todavía en el amor cuando recuerdo la maravillosa aparición de los Italianos, y hoy como hace diez años, me siento conmovido hasta derramar lágrimas ante las verdaderas bellezas de una obra de arte. Puedo decir que no he perdido el tiempo, porque durante ese período he mejorado mi buen gusto artístico y literario. A la edad en que me encuentro, todavía es uno joven, y mucho mas poseyendo, como poseo, una docena de millones de francos. Nadie sabe lo que el porvenir le reserva; pero yo creo poder esperar todo, sin temor de que mi pobre nariz se halle de nuevo espuesta á los percances que sufrió durante mi permanencia en Paris.

V

Ulrico se detuvo. Este largo relato en nada parecía haberle fatigado. Tenía los labios encendidos, los ojos brillantes y la tez animada. Quien le hubiese mirado en este momento le habría creído lleno de salud y de vida. Sin embargo, como el péndulo acababa de dar las once, me pareció hora oportuna de retirarme.

— Vamos, amigo mio, — le dije — buenas noches y acostaos. ¿Teneis necesidad de que os envíe alguna persona para acompañaros?

— No por cierto, — me contestó, — gracias, me siento muy bien. En un abrir y cerrar de ojos me meto en la cama, y, de seguro, — añadió alegremente, — antes de cinco minutos vuelvo á pillar mi antiguo sueño del baño de oro, que esta vez acaso pueda convertirse en una realidad.

Dicho esto me tendió la mano, que encontré húmeda y fría; sus dedos de esqueleto parecían tener la rigidez y fragilidad de las cañas.

Me alejé, comprendiendo que toda su sangre la tenía reconcentrada en el pecho y en la cabeza; razón por la cual no salí de la casa de mi amigo sin haber encargado vijilarse de cerca al enfermo. Por desgracia mis temores eran demasiado fundados, porque á eso de las doce del día siguiente vinieron á advertirme que el infeliz había muerto aquella mañana.

Cuando le ví — porque quise volver á verle — encontré su cadáver tan horriblemente desfigurado, que no podía creer que hubiese estado lleno de vida algunas horas antes. El carmin de sus mejillas se había convertido en amarillo de azafraán, un círculo violado rodeaba sus cerrados ojos, y sus labios, hundidos y blanquecinos, tenían el sello de un supremo dolor. Estaba todavía casi caliente, y ya la muerte le había devastado por completo.

FIN.

EDUARDO GOURDON.

(Trad. F. de la V.)

ACONTECIMIENTOS DE LA SEMANA.

Mi papel de cronista se parece al de un hombre que enseña las figuras de la linterna mágica. Señores, eso os representa la ciudad de Palermo.



Inauguración de la estatua de Amyot, en Melun, de una fotografía de M. Laleu.

La ciudad de Palermo! Unos dicen que ya está tomada: otros aseguran que es inexpugnable. Madrugar ha Dios y medrar hemos. Lo que hay de positivo en el momento en que escribimos estas líneas es que el ejército real conserva todavía los fuertes y que la insurrección se ha hecho dueña de la pobre ciudad que, merced á la amarga ironía de la suerte, lleva el nombre de Palermo la feliz.

Mientras que la Italia meridional está en efervescencia, la Italia del

Norte se sosiega: el ejército francés abandona su suelo, de hoy mas pacífico y libre, y las damas de Bérgamo, — patria de Arlequin, — cubren de flores á los soldados en testimonio de pesar ó de reconocimiento.

Uno de nuestros ingeniosos colegas, — no hay peor cuña que la de la propia madera, — me ha denunciado á los lectores, como hombre que no cumple en conciencia con su misión. Y porqué se me denuncia? Porque olvidé hablar de la estatua de Lhomond. Lhomond, enemigo de los niños tanto como Berquin es su amigo, nació en Chaune, junto á Amiens. La capital del departamento quiso tener la estatua de este humilde profesor de clases inferiores, quien sin sospecharlo adquirió cierta celebridad. Por su parte la modesta ciudad de Chaune reclamaba este mismo honor y Amiens ganó el litigio: la razón del mas fuerte es siempre... la mas poderosa.

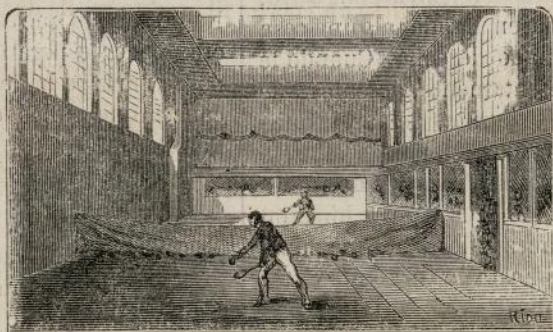
Como no quiero reincidir en faltas tan deplorables, me apresuro á participar á mis lectores que la ciudad de Melun acaba de inaugurar la estatua de su gran de hombre Amyot.

De hoy mas me comprometo á mencionar todas las inauguraciones de los grandes hombres. Hay casos en que es forzoso inmolar por el bien general.



Inauguración del nuevo establecimiento de baños en la aldea de los Catalanes en Marsella, el primero, según un croquis de M. Ch. Parot.

Mi odio á las inauguraciones de estatuas no tiene por blanco el objeto á que estas



Los últimos días del juego de pelota en el pasaje Sandrié.



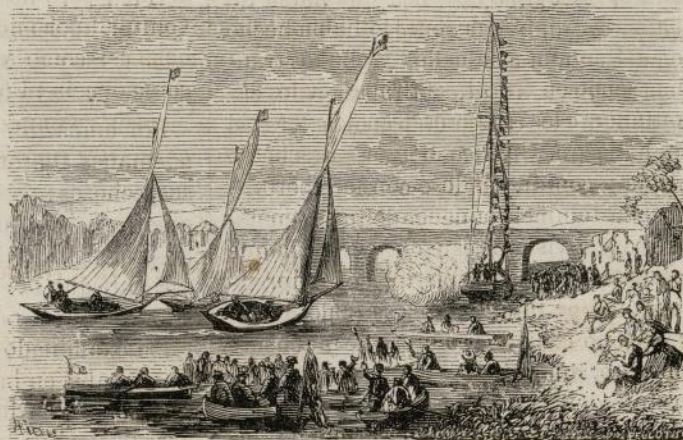
Vista interior del concurso departamental de Caen.



Apertura de los baños de Inkerlaken. — Vista de Kursaal, de un dibujo de M. Bonnet.

tienden, escusado es insistir mas; es una cosa altamente respetable; pero preciso es confesar que su forma es monótona y enojoso su relato.

No sucede lo mismo con los concursos agrícolas: aunque la materia ofre-

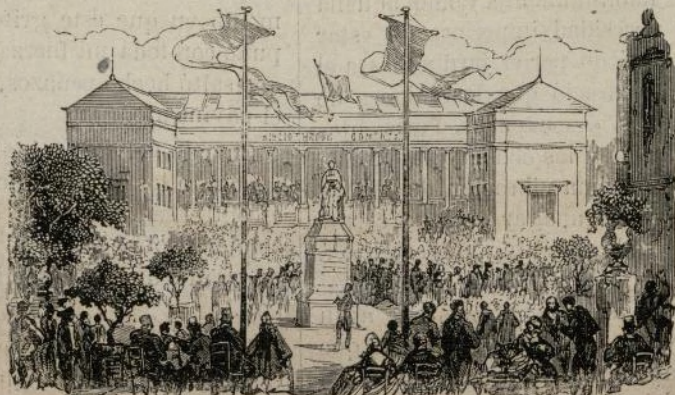


Regatas de Argenteuil, el 27 de mayo.

ce poca variedad, el fin que se propone es tan útil, tan grande, que inspira un interés general.

Caen tuvo su solemnidad el 25 de mayo y todos confiesan á una voz que el concurso ha sido notable. Las máquinas llamaron la atención en extremo. Las de construcción inglesa fueron eclipsadas por las máquinas normandas. La recolectora del doctor Mazier fué unánimemente declarada por superior á la de los señores Burgers y Key, que emplea M. Guizot en sus tierras de Val Richer.

Desde el reto de la Gran-Bretaña á los bateleros parisienses, las regatas de las cercanías de Paris cobran cierta importancia. Las de Argenteuil estuvieron lucidísimas. S. A. I. el príncipe Napoleon, rodeado de los oficiales de su casa, asistió á ellas en su yacht de vapor.



Inauguración de la estatua de Lhomond en el jardín de la biblioteca comunal de Amiens; de un diseño de M. Ch. Krauk.

Arnal, el actor de mas talento de la escena francesa, debe estar sumido en el mas profundo dolor y no sin causa en verdad.

Hace algunos años, el sobresaliente actor, sa rado de triunfos, abrumado de gloria, fué á visitar la Suiza y descubrió á Interla-

ken. Interlaken! es decir, la calma, la paz, la soledad, el canto de las aves, el murmullo de los arroyuelos. No, me engaño, allí no hay arroyos. El célebre mímico obvió á este inconveniente mandando hacer un torrente en la propiedad que acaba de adquirir.

— Mi río se parece á un torrente como una gota á otra gota de agua, decía á un amigo suyo.

Todo iba bien en su método ordinario de vida, cuando la especulación vino á meter su nariz en Interlaken. Construir un Kursaal, baños, salones, un palacio, no fué mas que cuestión de un millon. Hoy es ya cosa hecha: los extranjeros afluyen y se regocijan, pero el buen actor perdió su tranquilidad.

Los baños están en moda este año. Una aldehuela, les Catalans, cerca de Marsella, célebre desde la aparición de Montecristo, acaba también de inaugurar su Casino. Por un exceso

de delicadeza, la ciudad ha cedido á Alejandro Dumas los terrenos en que debe levantarse la posada de Mercédes. El gran novelista, muy acostumbrado á las concesiones, aceptó graciosamente, sin que esto le haya impedido el marchar á Sicilia, deseando poner en folletín la historia romana: sus lectores habituales devoran con avidez estas producciones. Otra concesión mas y de seguro no será la última.

A consecuencia de no sé qué nueva vía pública, Paris va á ver desaparecer su último juego de pelota, sito en el pasage Sandrié, junto al boulevard de las Capuchinas.

Hace cincuenta años, Paris contaba veinticinco establecimientos de este género, que constituían una verdadera gloria nacional. Hoy los ejercicios corporales se miran con desden. La gimnasia se reduce á embadurnar folletos sobre asuntos que no se comprenden: ejercicio mas productivo, pero menos saludable.

El establecimiento que va á cerrar sus puertas se honraba todavía con nombres célebres

entre sus afiliados: el duque y conde de Mailly, el conde de Morny, el conde de la Rochefoucault, el conde de Bernis, el duque de la Moscowa, el conde Vignier, los señores de Mosselman, Aguado, Portalis, Perrier, Daru, etc., etc., en fin, todas las personas notables de la sociedad escojida de Paris. Hoy, dice M. T. Chapus, á quien hay que recurrir siempre en todo lo concerniente al sport francés, « hoy los juegos de pelota están en Inglaterra. »



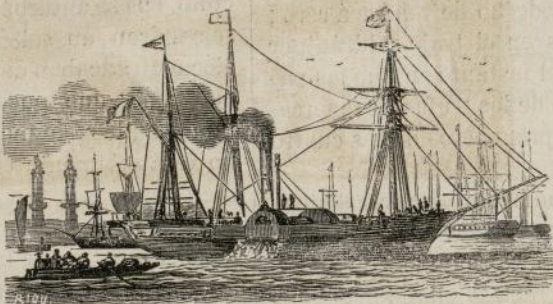
Depedida de las damas de Bérgamo á los regimientos franceses que salieron de Italia.

Durand-Brager, muy hastiado de haber dado la vuelta al mundo, dijo para su capote el otro dia, que puesto que habia estado durante veinte años en todos los puntos del globo en que se quemaba un cartucho, se veía en la necesidad absoluta de apersonarse en Sicilia. *El Mundo ilustrado* se apresura á aprovechar este pensamiento quizá algo extravagante. Todos ganarán en ello, escepto Durand-Brager, quien no podrá estender una reputación que como él ha dado la vuelta al mundo.

JULIO NORIAC.
(Trad. A. L. de B.)

Preludios de primavera.

Hay asuntos que jamás se agotan, y que tienen además el privilegio de reproducirse en épocas fijas, esto es, de dar abundante materia para hablar



Inauguración del servicio de las Mesagerias Imperiales de Burdeos á Rio-Janeiro. (Salida de la Guiana, el 24 de mayo.)



Vista de Siracusa. (Sicilia.)



Palermo por la parte de tierra, vista tomada desde el camino de Monte-Reale.

de ellos, á pesar de que no inspiren un grande interés; pero en esto se parecen á los árboles, que aun los menos copudos y mas achaparrados reproducen la circulacion de su savia y arrojan tambien en determinados periodos nuevos botones. Aunque eternamente se escriba de la mujer, por ejemplo, será imposible condensar cuanto se diga sobre la materia en un volumen tan conciso y tan completo como la gramática de Lhomond. En el órden de las verdades morales y científicas, el espíritu humano encuentra á veces un punto fijo; en el de las impresiones y los sentimientos, ve retroceder sus riberas al infinito y á cada paso descubre nuevos horizontes. Pero dejemos esto, porque, en mi concepto, es bastante filosófico para abordar la alta cuestion de la primavera.

Todos los poetas la han cantado, todos los moralistas la han descrito, todos los filósofos le han pedido comparaciones y prosopopeyas, todas las jóvenes pensionistas le han bordado pantuflas, todos los zapateros le han ofrecido una maceta de alielés amarillos. Y aun no hemos acabado. La violeta nunca será monótona, ni mal vista en el ojal de un agente de cambio. Un boton de rosa, por viscoso que sea, aun imitado por la mano de una florista, no dejará jamás de provocar en nosotros una emocion juvenil. El olor de los primeros serpolios inspira estrofas á los mas rudos cazadores. Las pastoras enflaquecidas por los ásperos cierzos del invierno, se sienten animadas por el génio infuso de la polka, en cuanto empiezan los arbustos á cubrirse de flores y á reverdecer los brezos y las retamas.

Todo el mundo sabe muy bien, y mejor todavía que los cronistas de los grandes periódicos, que la primavera comienza el 21 de marzo. Pero esto es como si se nos dijera que empezamos á vivir desde nuestro primer grito y que tomamos el gusto á la juventud cuando mascamos la sal del bautismo. La astronomía y los registros municipales lo quieren así, porque la una vive en los espacios poblados de integrales y de ecuaciones y la administracion civil se nutre de leyendas. Pero ¡cuán léjos están de la realidad de las cosas! ¡Cuántos hombres llegarán á los ochenta años sin haber escrito un *vaudeville*, ó sin haber comido en el Café Inglés! ¡Cuántas primaveras comenzarán en el primero de setiembre, cuando las liebres y las perdices están colocadas bajo la proteccion de la ley!

¡Quién no ha visto el mes de abril tal cual emana de las poesías de Víctor Hugo, y este famoso mes de mayo, lleno de canciones, de flores y de perfumes, como el que Goethe veía desplegarse en su gabinete, como el que Virgilio ha legado á los dómines para castigar á los estudiantes con el aumento de leccion! Por lo que á mí hace, á menudo me siento casi animado y rejuvenecido mirando á través de los cristales las enmohecidas lilas balancearse bajo el hálito violento de las ráfagas del norte, ó doblarse tristemente como empapadas esponjas! Las margaritas son flores anfibias y las primulas de jardin mueren muy rara vez de su muerte natural!

No obstante, sucede á veces que los pinzones, engañados por una pérfida sonrisa del mes de marzo, entonan sus acatarrados conciertos sobre la copa de un álamo. El pardillo suele tambien gorjear saltando alegre por entre los botones de los árboles tempranos; pero en esto se parecen á los periodistas que se apresuran demasiado á adoptar las fórmulas primaverales y á escribir con pantalon demahon y sombrero de Panamá. Al dia siguiente vuelven á recobrar su *do de pecho* y se marchan á tener cuidado de sus córizas tras el cristal de los calientes invernaderos.

A falta de la primavera, que parece retraerse de rejuvenecer los tapices de musgo y de lustrar

los líquenes de los antiguos manzanos, tenemos la primavera de París que florece en la cuarta página de los grandes periódicos con anuncios colosales. El barés luce en primera línea á precios fabulosos. No comprendo por qué todo el mundo no se viste de barés, aunque hubiera que plegarlo en cuatro dobleces! Se podrian tapizar las calles de percalinas, muselinas y diáfanos crespones! Bien pronto se darán de balde y los almacenes-falansterios tendrán enormes beneficios. Tal es la tendencia del espíritu moderno de vender á cero; pero nuestras economías en el traje saldrán por alguna otra puerta. En el instante en que las patatas se venden al precio de las trufas, los mercaderes se asocian con los pregoneros de las cuatro estaciones.

Las coliflores (otro fenómeno primaveral) inspiran desde hace un mes las mas encantadoras variaciones á los honrados Normandos, cuyo meneo de espaldas es tan gracioso cuando, sujetos entre el corraje, arrastran su carretilla. Sobre este tema culinario el arte se ha elevado á la mayor altura y ha dado de sí cuanto tenia que dar. Verdi, Donizetti, Meyerbeer mismo, podrian reclamar derechos de autor. A propósito de coliflores, creo conveniente aprovechar esta coyuntura para decir, que es una legumbre que se presta á todas las salsas.

Si la lluvia y el viento os arrojan mas que de prisa de las orillas del Sena, cuando los renuevos de los castaños entreabren sus primeras hojas, semejantes á las alas de tímidas avispas, echaos á vagar por las calles de París en el momento en que el sol hace brillar en los boulevards tantos escudos legítimos y legítimados. Las tiendas de los especieros y perfumistas os hablarán muy largo acerca de la primavera. Dícese que los pájaros nómadas encerrados en sus jaulas se rompen la cabeza contra los alambres de su cárcel en la época de las emigraciones. Lo mismo sucede con los perfumes; á los primeros latidos de los renuevos, se efectua cierta germinacion secreta en los productos vegetales mas alterados por la ciencia y por la industria. Los granos de la pimienta se reblandecen, se conmueven y pierden el olor nauseabundo que indica desde léjos su escondite en la subdividida caja de las cocineras. Los manojos de sauco colgados del techo de los herboristas despiden entonces los puros aromas que exhalan los matorrales de los setos al primer soplo del mes de mayo.

De hoy mas, cuando las estaciones se hagan las sordas al llamamiento del almanaque y rebeldes á la señal del observatorio, nosotros nos encargáremos de suplirlas en nuestros balcones y hasta en nuestro mismo bufete.

El otro dia ví en la ventana de un zapatero, un peral cargado de magníficos retoños y una vid en su cajon llorando á lágrima viva toda su savia. Una lila de Persia estaba engalanada con sus penachos como un granadero de la guardia, y, en la atmósfera, el viento volvia los paraguas dándoles la forma de gigantescos tulipanes. Fuerza es que el sol esconda sus rayos en alguna parte.

Prometo cantaros en otra ocasion la primavera de un modo mas entusiasta. Al efecto será preciso dirijirme en solitarios paseos hacia las largas alamadas, escuchar el canto de las picazas al poner sus huevos, el arrullo de las tórtolas amantes en la espesura de los bosques, y el gorgo del ruiseñor que temple su instrumento y preludia su cancion europea; porque vuelve de China, segun dicen, y allí no debe cantar mas que por monosílabos. Infinitas flores esmaltan el talud del ferro-carril de Auteuil, y los hombres que aun no tienen cuarenta años se tienden voluptuosamente sobre el verde y mullido césped. Ya nos es lícito aventurarnos á vagar por las umbrías.

Los tordos rozan con sus alas las brillantes hojas y los senderos recobran su musgoso tapiz.

JOSÉ DOUCET.

(Trad. F. de la V.)

CRÓNICA DE LOS TRIBUNALES.

Al tribunal de Casacion han correspondido esta vez los honores de la semana. En su augusto recinto, en esa antigua sala del parlamento en donde se respiran tan solemnes recuerdos, dos órganos elocuentes acaban de ventilar una de las mas altas cuestiones que pueden jamás presentarse ante una asamblea de magistrados. Esa gran cuestion no está solamente circunscrita al dominio jurídico, atañe tambien á los de la política, de la filosofía, de la religion: abraza además por una parte la libertad de la historia, por otra el respeto al alma inmortal. Fuerza es añadir que la discusion, desprendida de toda mira privada, inspirada sólo por el interés de la ley, ha sabido rescatar por su latitud, por la independencia y por la autoridad, todo cuanto la hacia perder la pasion, — y nótese bien que no digo la elocuencia. Léase la requisitoria del procurador general, el señor Dupin: léase sobre todo el sumario del consejero, señor Plougoulm. Al ver la energía de los argumentos, el nervio de la espresion, la espontaneidad de los giros en las frases, la elevacion de sentimientos que domina en este último trabajo, no parece sino que se tiene á la vista alguna brillante página olvidada, de los oradores sacros del siglo décimo séptimo. Es la lengua de Bossuet, decian á mi lado. Léanse los documentos citados, repetimos, y se adquirirá la certidumbre de que nuestros elojios son merecidos.

Qué circunstancias han llevado la causa al supremo tribunal? La respuesta es delicada: séame pues lícito tomarla del brillante sumario citado mas arriba.

«Un debate político y religioso se suscita y el eco le repite desde los confines mas lejanos de la tierra, poniendo en juego las mas exacerbadas pasiones. Monseñor Dupanloup, obispo de Orleans se lanza á la palestra con todo el calor de su alma, de su fé y de su elocuencia. Un periódico, *el Constitucional*, antagonista de sus doctrinas, le presenta, como censura de su conducta y de su lenguaje, la moderacion, la dulzura de que dió repetidas pruebas, dice el periódico, un obispo de Orleans. La dificultad tambien para el sacerdocio. El sacerdote citado como modelo era Monseñor Rousseau, muerto hace cincuenta años. Monseñor Dupanloup rechaza esta leccion, este ejemplo, y en interés de la causa que sustenta, se cree obligado á hacer tristes revelaciones sacadas de los archivos mismos del obispado. La memoria del antiguo prelado sufría necesariamente menoscabo, y en vista de sus mismos documentos no podia ser citado como modelo de firmeza evangélica. Pero Monseñor Rousseau tiene colaterales que no se resignan á esta divulgacion inesperada, creen de su deber salir á la defensa de la memoria atacada y acuden en demanda de difamacion.»

La queja no tuvo feliz resultado. El tribunal de primera instancia censuró severamente la conducta de Monseñor Dupanloup y nada mas. Y dijo á los herederos de Rousseau: Por mas que vuestros sentimientos de familia hayan sido vulnerados por las revelaciones de que es autor Monseñor Dupanloup y por los amargos comentarios que ha añadido, estos hechos no os atañen personalmente. La difamacion, caso que la haya, se dirige á un muerto y la memoria de un finado, cuando de ella sólo se trata, no puede, segun el espíritu de nuestras leyes, encontrar un defensor en el heredero.

Tal es la doctrina que el órgano mas caracterizado de la justicia sentó, sometiéndola á la revision del tribunal supremo, y segun sus instrucciones, el procurador general de la audiencia apeló,—en el interés de la ley,—del fallo emitido por el Tribunal de primera instancia. Monseñor Dupanloup, moralmente herido por los considerandos, pero absuelto por la parte dispositiva, no podía apelar, y en cuanto á los herederos de Rousseau, se daban por satisfechos con la censura severa dirigida á su adversario.

¿Es verdad que la memoria de un finado puede ser impunemente presa de la difamacion y de la calumnia? ¿Es cierto que la ley francesa limita su proteccion á la vida material? ¿que no vé en el hombre que ha dejado de vivir mas que un mortal despojo y de ninguna manera el alma que vela sobre los sepulcros? ¿que liberal en las leyes de policía respecto al cuerpo inerte, severa con los violadores de las sepulturas, se muestra indiferente á los tiros asestados á la parte inmaterial de nuestro sér, á lo que nos hace vivir eternamente en la memoria de nuestros semejantes, en su odio, en su amor? Es cierto que cuando un hijo venga á arrojarle á los piés de un tribunal y á demandarle venganza de un ultraje que deshonra el nombre de su padre, la justicia debe rechazarle y decirle: el autor de tus dias ha muerto, no es mas que una sombra vana y la ley tiene otra mision mas que la de proteger á una sombra?

Planteadas así la cuestion, la respuesta no parecia dudosa; mas suscitáronse graves objeciones que han sido presentadas á nombre de la libertad histórica.

Pues qué, decian, si me arriesgo á imprimir que Olivier le Daim y Tristan no fueron los ministros mas íntegros y humanos, y M^{me} Dubarry la mujer mas virtuosa, he de verme espuesto á que uno de sus descendientes, presentando su genealogía en regla, me obligue á comparecer ante la policía correccional, en donde podré ser condenado como calumniador? Y no hay que decir que son hipótesis gratuitas? No hemos visto, poco tiempo hace, á M. d'Espinay Saint-Luc, heredero directo de uno de los favoritos de Enrique III, entablar una querrela á un novelista por haber censurado las costumbres del citado personaje? — Desechad todo temor, el peligro no es tan grande como podria creerse. Para constituir un delito, el de difamacion como otro cualquiera, es preciso un elemento determinado: la intencion de ofender. El autor que se contente con escribir una historia *sin ira et studio*, nada tiene que recelar y puede hablar libremente de cualquier personaje. En el litigio que acabo de citar, se reconocieron los derechos de la historia y el tribunal civil, — ante el cual sin embargo la situacion del querellante era mas favorable que en la jurisdiccion correccional, — sobreseyó la causa por el doble motivo de que el autor no habia tenido intencion de difamar al difunto Saint-Luc, y de que la autenticidad de los hechos los caracterizaba de históricos, colocándolos fuera de toda esfera judicial. Por último, estos principios, aplicados con latitud, constituyen la garantía de la historia contemporánea. A no dudarlo, entre las numerosas apreciaciones que M. Thiers tuvo que emitir sobre los hombres de la República y del Imperio, mas de una habrá vulnerado á los hijos ó parientes de las personas juzgadas. Si no me engaño, hubo tambien reclamaciones dirigidas al historiador, se solicitaron de él varias rectificaciones; pero demandas judiciales ninguna, y si tal vez se promovieron dudo que M. Thiers las tomase en consideracion.

Restan ahora los autores de folletos á quienes perjudicará incontestablemente la nueva jurisprudencia: y qué? los folletistas merecen tanto interés?

Esta argumentacion, — cuyos puntos capitales sólo indico, — triunfó ante el tribunal supremo que anuló el fallo del de primera instancia: la sentencia dice: que las razones de moralidad pública y de paz entre los ciudadanos que han hecho garantir por la ley el respeto á la reputacion ajena, no se fijan en los límites de la existencia humana. Es un nuevo golpe á la célebre teoría de la « ley atea. »

PETIT-JEAN.

(Trad. A. L. de B.)

Correo de allende la Mancha.

Londres, 30 de mayo de 1860.

En el momento en que Paris fashionable se apresura á partir para los baños, la alta sociedad de Londres se dirige á la ciudad. Cuando vuestras jentes de placer, cansadas de bailes, de conciertos y de teatros, van á buscar el fresco á los bosques y á los arroyos, las nuestras vuelven al polvo y al humo de la metrópoli. No titubean, en el mes de mayo ó de junio, en arrostrar el sofocante calor de un *drawing-room* real ó de un *raout*. No estan en Londres durante la época que se llama *la estacion*, seria un crimen de lesa-aristocracia imperdonable. Por lo demás, es el tiempo en que florecen toda especie de agiotages y de chalanerías sociales. Es el feliz momento en que la diplomacia maternal tiende sus redes con el fin de asegurar un marido cualquiera á hijas mas ó menos mayores, mas ó menos bonitas, pero sin dote! Es la hora en que los menores de noble familia toman por asalto á la hija de algun advenedizo cuyos millones no siempre tienen un gran perfume de honradez; — pero si la caridad debe disimular una multitud de pecados en la otra vida, la riqueza impide ver las cosas poco nobles que pasan en esta. Finalmente, es la hora de las conquistas, de las derrotas, de las astucias, de las cábalas, de los chismes, de las bajezas, de la ostentacion en que se arruinan ciertas jentes por parecer mas ricas que sus vecinos; — en que se vive para los otros y no para sí; es el momento en que se empieza la campaña entre los Montequios y los Capuletos; en que se destapan todos los frascos de cáustica maledicencia femenina que se han dejado fermentar en el campo; en que se abreva de vinagre á las rivales con una sonrisa en los labios que parece no prometer mas que miel. Pero presérveme el cielo de permanecer mucho tiempo en estos corrillos nocivos que tienen la pretension de intitularse *la alta sociedad*. Existe entre nosotros una sociedad cuya vulgar franqueza y exterior sin pretension me agradan mas, si bien no posee pergaminos y no tiene derecho á hacerse anunciar en los salones del *West-End*.

Para la verdadera *alta sociedad* de Londres, para los de la clase media cansados del trabajo sedentario de los largos meses del invierno, el verano tiene placeres mas racionales. Sin duda esta clase tiene tambien sus ambiciones, pero realízalas lejos del macadam y del bullicio. Esceptuando á Paris, quizás no hay una ciudad en el mundo cuyos habitantes tengan una pasion tan grande por los placeres del campo. Suspiran por el verdor y los umbrosos bosques, y luego que pueden proporcionarse la dicha de pisar una alfombra de yerba, tienen todos el aspecto de estudiantes en vacaciones. Para ellos las fiestas campestres poseen un hechizo irresistible; — no cambiarían su modesta comida, regada con humilde *porter* y servida sobre un mantel verde, por el mas sabio banquete preparado por los *Tres-Hermanos*; — pues ellos se figuran sin pena, á semejanza de aquel caballero que deseaba tanto ver los *Deux Magots* que representan una de vuestras casas de comercio, que esta fraternal trinidad culinaria no es una fábula. Seria necesario nada menos que un com-

bate de pujilato para hacerles dejar sus asientos. Nuestros ferrocarriles, que parecen en esto mas hábiles que los vuestros, facilitan las escursiones campesinas reduciendo su tarifa en un tercio al menos los domingos y dias de fiesta. Por ejemplo, la línea del sud-oeste nos pone en la posibilidad de procurarnos el placer de un baño de mar en *Brighton*, ida y vuelta, por tres pesetas, si bien la travesía es de cuarenta leguas. Ojalá que este ejemplo sea seguido por vuestros administradores!

Acaban de enterrar, en el cementerio que se podría llamar el Panteon de la abadia de Westminster, al arquitecto del magnífico y costoso palacio bajo cuya techumbre se reunen la Cámara de los lorés y la de los comunes. Sir Carlos Barry ha muerto repentinamente, el 12 de este mes, á su vuelta de un paseo al palacio de cristal de Sydenham. Habia nacido en 1795, y deja una fortuna considerable.

El informe de nuestra direccion de comercio, para 1859, contiene algunos detalles estadísticos bastante interesantes. Los guarismos relativos á la industria son muy satisfactorios; pero el presupuesto de la guerra y de la marina (647.711.075 francos) lo es mucho menos. Hemos esportado por valor de 3.891.087.750 é importado por 4.483.374.525 francos de mercancías. En las esportaciones, se cuentan 968.600.000 de francos de algodón, — 301.342.500 francos de lana, — 115.114.600 francos de telas, — 307.882.500 francos de fierro ó acero, — 90.749.500 francos de carbon de piedra. Hemos espedido 3.666.670 metros, de tejidos de algodón por dia. Por término medio ha habido entre nosotros un poco mas de 2.000 nacimientos diarios, contrabalanceados con 1.300 muertos.

Acaban de dirigir un convite firmado por los notables de New-York, en el número de los cuales figura el poeta William Cullen Bryant, al príncipe de Gales para que vaya á hacer una visita á los Estados-Unidos.

Se ha formado aquí recientemente una sociedad de gentlemen y de *clergimen* que se consagran á una mision, tal vez estraña á vuestro lado del estrecho, y cuyo éxito, en todo caso, no puede ser mas que parcial. Trátase de conducir á buena vía á las numerosas *infortunadas* (tal es el nombre que se las da desde la publicacion del *Puente de los Suspiros* de Tomas Hood) que vagan en nuestras calles desde que cae la noche hasta el amanecer. Esos señores han tenido últimamente una de sus *midnight meetings* (reuniones de medianoche) en la fonda de San JAMES, Regent Street, para la cual se habia convocado á las jóvenes francesas que frecuentan aquel barrio. Los señores pastores Monod, de Paris, y F. Marziels han dirigido á las visitantes algunos discursos que ellas han escuchado con tanto recojimento como las plegarias con las cuales se ha abierto la sesion. Esta sociedad ha estallado para estas desgraciadas párias diversos asilos, en los cuales no hay ya un solo lugar vacante, y faltan los fondos para fundar otros.

El lunes pasado, El Olympic-Teatre dió una comedia intitulada: *Mi querida mamá* (léase: *La Belle Mère*), y el Adelphi, un drama que lleva por nombre: *Es un viento recio que no inspira el bien á nadie* (léase: *Le Savetier de la rue Quincampoix*). Por lo comun, por dos piezas nuevas representadas en nuestra escena, se cuenta un plajio; esta vez, hay progreso, pues que las dos os pertenecen.

Todo el que se ha paseado en los boulevards ha podido ver mas de una vez el anuncio del famoso *Dublin Stout*, de la casa Guinness, excelente bebida de la cual se consumen cantidades considerables entre nosotros. M. Guinness, uno de esos opulentos cerbeceros como no se encuentran

mas que en Inglaterra, acaba de manifestar su reconocimiento hacia los gacnates de los compatriotas que han contribuido á enriquecerle dando una crecida suma para la reparacion de la admirable catedral de San Patricio de Dublin, cuyo estado de ruina es una vergüenza para el pais. Mr. Guinness prueba su gratitud de una manera mas digna de elogios, pero menos chistosa que otro negociante de Dublin que, convertido en millonario á fuerza de vender cierto rapé, del cual era inventor, pareció querer burlarse de sus parroquianos haciendo inscribir en el escudo de armas de su coche la siguiente divisa: « Quién lo hubiera creído? Vuestras narices lo han comprado! » Cierta hombre de genio divertido propuso reemplazar esta interrogacion con otra mas clásica: « *Quid rides?* » divisa

á la vez inglesa y latina, que puede traducirse á voluntad con estas palabras: *porqué* te ríes? ó con estas otras: *Chique* (pedazo de tabaco para mascar) *se pasea en coche*.

El nuevo rifle de M. Whitworth parece destinado á reemplazar el de Enfield, que se consideraba hasta hoy como un arma perfecta. M. Whitworth emplea el mejor metal que se le puede suministrar y que le cuesta nada menos de 300 duros los mil kilogramos. Diversas esperiencias definitivas parecen probar que este rifle, disparado bajo las condiciones mas peligrosas, no está espuesto á reventar, y es no solamente de mejor puntería, sino de una fuerza tres veces mayor que los fusiles ordinarios. Cargándole con una bala en la cual entra una décima parte de estaño se pueden atravesar treinta y cinco tablas, mientras que con el rifle Enfield, con el cual no se puede emplear mas que un proyectil de plomo, ne se atraviesan sino doce tablas del mismo espesor.

WILLIE PICKWICK.

(J. R.)



La Hosteria del Escudo de Francia, cuadro de Isabey. (Exposicion del boulevard de los Italianos.)

de las figuras, hacen de *La hosteria del escudo de Francia* una verdadera joya artistica de inapreciable mérito para los inteligentes, y dan nueva celebridad al establecimiento dijónés, que ha tenido la no común fortuna de servir de motivo á las inspiraciones de dos grandes artistas.

Este cuadro, que muchos de nuestros lectores habrán podido ver en la esposicion del boulevard de los Italianos, merece ocupar un lugar distinguido en nuestros museos nacionales. En él todo está entendido y ejecutado con admirable maestría, y noson por cierto los accesorios, esa parte que generalmente descuidan hasta los grandes pintores, los menos dignos de llamar la atencion por la verdad, lijereza y gusto que en ellos resaltan.

F. de la V.

La traduccion del *Mundo ilustrado* se hace bajo la direccion del conocido escritor D. J. Segundo Flórez.

LA HOSTERIA DEL ESCUDO DE FRANCIA.

El presente grabado, copia de un hermoso lienzo original de M. Eugenio Isabey, el célebre pintor de graciosos marqueses y de litdas condesas, representa la hosteria del *Escudo de Francia* en la bella ciudad de Dijon. Solo faltaba ya á la reputacion de esta conocida hosteria, tan ingeniosamente cantada por la lira de M. Patout, que el diestro y elegante pincel de Isabey la tomase por asunto de uno de sus mejores y mas risueños cuadros.

La limpieza y exactitud de dibujo, la frescura de colorido, la bien entendida distribucion de la luz por el conjunto, los toques maestros de claro-oscuro, y la actitud, espresion y belleza

CORRESPONSALES DE ULTRAMAR.

| | |
|-----------------------------|--|
| AREQUIPA | D. Manuel G. de Castresana. |
| ARICA | Sres. Calmann y Riobo. |
| BOGOTÁ | D. Rafael Mogollon y Guzman. |
| BUENOS-AIRES | D. Federico Real y Prado. |
| CARACAS | Sres. Rojas, hermanos. |
| CARTAGENA | D. Joaquin F. Velez. |
| COBIA | Sres. L. Durandau y Compañia. |
| GUATEMALA | D. Pablo Blanco. |
| GUAYAQUIL | D. Luis Abadie. |
| GUAYAMA | D. Narciso Daussá. |
| HABANA | Sres. Charlain y Fernandez. |
| LA PAZ | Sres. Gérard y Comp. |
| LIMA | P. Bailly. |
| MEJICO | Sres. Maillefert y Comp. |
| MENDOZA | D. F. Civit. |
| MONTEVIDEO | D. Ventura Garaicoechea. |
| PANAMÁ | D. José M. Aleman. |
| PUERTO RICO | D. Ignac o Guasp. |
| ROSARIO | Federico Reissig. |
| SAN FRANCISCO | M. Biesta. |
| STA. MARTA | D. José A. Barros y Comp. |
| | D. Pedro Yuste y Comp. |
| SANTIAGO DE CHILE | Libreria ajencia del <i>Mercurio</i> . |
| | D. Ramon Morel. |
| SANTO DOMINGO | D. A. Bonilla. |
| SAN TOMAS | D. Luis Guasp. |
| TACNA | D. Clemente Bartibas. |
| TAMPICO | D. A. Gutierrez y Victori. |
| | D. Santos Tórner y Comp. |
| VALPARAISO | D. Nicasio Ezquerria. |
| VERACRUZ | D. José Perez Anguita. |
| | D. Juan Carrédano. |

Paris. — Imp. de la Librairie-Nouvelle. A. Bourdilliat, 15, rue Breda.